

DIARIO DE LA MARINA

HABANA, DOMINGO, 15 DE OCTUBRE DE 1939.

Decano de la Prensa de Cuba

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y
America.

Abajo, derecha e izquierda.—El Presidente de Turquía, Ismet Inonu, y Sarajoglu, Ministro del Exterior, sobre cuyos hombros pesa la responsabilidad de decidir la suerte del viejo imperio de la Media Luna, hoy envuelto en el gran juego de las potencias. Al lado: un detalle del estrecho de los Dardanelos durante la pasada guerra mundial. Por último: un diseño de la región balcánica comprendida en la tirantez europea.

TURQUÍA LA NUEVA MECHA BALCANICA



Otra vez la media luna



La posición privilegiada de la República turca se puede observar en este mapa. Partiendo de Constantinopla (la antigua Islamboul), el antiguo imperio turco salta al Asia, ejerciendo su dominio en las orillas del continente europeo y el principio de un mundo extraño de unido por todas las tendencias. Bordeando el Mar Negro se alinean Bulgaria y Rumania, pero el mar es un lago de influencia rusa, durante siglos ha sido de los zares—sus herederos en este sentido parece que quieren ser los soviets. Juzgando todo eso se comprenderá fácilmente que Turquía sea el centro de vastas intrigas internacionales, agudizadas en este momento debido a la situación europea.

HACIA el Kremlin vuelven los ojos en estos momentos las cancillerías de los países balcánicos. Las nacionalidades surgidas de la decadencia del imperio turco y robustecidas—con excepción de Bulgaria—por los tratados posteriores a la Gran Guerra, adivinan que un momento trascendental de su historia está en puertas. Rumania, sobrecogida por la inminencia de la crisis de Besarabia—el territorio tomado de Rusia al final de la gran contienda, al que renunciara el Soviet—espera con ansiedad el resultado de las conversaciones entre el ministro turco de Relaciones Exteriores, Shukru Saracoglu, y el «premier» de Rusia Vyacheslav M. Molotoff. Yugoslavia, la otra nación balcánica que aumentó su territorio a resultados de la Gran Guerra en más de un cincuenta por ciento, se apresta a iniciar con el gobierno moscovita unas relaciones a las que hasta ahora había renunciado con énfasis. Bulgaria, Grecia, Hungría, todos los países vecinos al coloso oriental, vuelven sus ojos hacia Rusia en actitud de súplica, convencidas de que en el último viaje del ministro alemán von Ribbentrop a Moscú, pudo haberse decidido su suerte.

ATATURK LEGA A INONU UN PACTO DE AMISTAD CON LOS RUSOS

Todo el curso de las actividades ruso-alemanas en los Balcanes parece detenido en estos momentos ante el valladar de los escrúpulos de Turquía. Que Rusia—la amiga de Kemal Ataturk y del nacionalismo turco—pide más de lo que Turquía está dispuesta a conceder, se desprende de la laboriosidad de esas negociaciones entre Saracoglu y Molotoff, interrumpidas por la visita de von Ribbentrop a Moscú. Turquía, evidentemente, insiste en mantener relaciones cordiales con Inglaterra.

El actual presidente Ismet Inonu, recibió del «padre de todos los turcos» el legado de su política por en 1915 con una pérdida de trescientos treinta

Ataturk le legó a Inonu la amistad de los rusos, pero el antiguo enemigo de los ingleses no puede haber visto sin inquietud la extensión del eje Berlín-Roma a Moscú

mil hombres, determinaron eliminar a Turquía no solamente de Europa sino también del Asia. Hasta qué punto Inonu continuará la política de Ataturk respecto a Rusia, es algo que sólo el tiempo nos podrá decir. Por lo pronto parece que la reciente política de Turquía obedeció al propósito de contrarrestar el peligro de la expansión italiana en los Balcanes, a raíz de la ocupación de Albania por las fuerzas del Duce Mussolini.

LA TURQUIA ANTERIOR A KEMAL ATATURK

En el siglo IX los turcos, pueblo de raza mongólica, descendieron del Turquestán hacia Bagdad donde fungían de guardadofes de los sultanes del califato. En el año 1038 se habían hecho tan poderosos que derrocaron la dinastía de los Abasidas y fundaron las de los Selyúcidas, con Otman I «el victorioso», de quien los turcos tomaron el nombre de otomanos. En el siglo XV su expansión había logrado tal éxito que poseían extensos territorios en Europa, Asia y Africa. En 1453 Mahomet segundo conquistó Constantinopla donde fijó la sede del imperio.

La decadencia de los turcos se inicia ya en 1571, cuando la Armada de Felipe II los derrotó en la batalla naval de Lepanto. (Miguel de Cervantes, el autor de «El Quijote», perdió un brazo en esa batalla). Sin embargo, no es hasta el siglo XIX cuando su estrella se eclipsa al embate de las naciones cristianas. El Congreso de Berlín de 1878 confirmó la desmembración de Turquía tomándole Rusia, Inglaterra y Austria territorios y plazas fuertes y sacudiéndose el yugo otomano Grecia, Rumania, Servia y Montenegro. En 1897, con motivo de las pretensiones griegas respecto a la isla de Creta, Turquía le declaró la guerra a Grecia de íntima cooperación con Rusia, que había sido la nación que lo ayudara en los días difíciles de la postguerra, cuando los aliados, derrotados en Gallipoli, le infligió una fuerte derrota ese mismo año.

EL DESASTRE ALIADO EN GALIPLI

Bajo la férula de los sultanes ignorantes, crueles y concupiscentes, Turquía se debilita cada vez más. Entonces, en 1908, surgió el partido de los «Jóvenes Turcos» que obligó al sultán Abdul-Hamid II a promulgar una Constitución liberal. Del conflicto interior que ese paso produjo entre los turcos, se aprovecharon Bulgaria, Austria-Hungría y Grecia, la primera para declarar independiente la segunda para anexarse la Bosnia y la Herzegovina y la última para tratar de poderarse de Creta.

En 1909 Abudul-Hamid derogó la Constitución y los Jóvenes Turcos lo depusieron reemplazándolo en el trono por su hermano Mahomet V. Pero en 1911 Italia le declaró la guerra a Turquía y le arrebató la Tripolitana y al año siguiente estaban las guerras balcánicas como resultado de las cuales Turquía perdió el resto de sus territorios europeos reduciéndose a la extremidad oriental de la península de los Balcanes.

El futuro Kemal Ataturk, militar e hijo de padres humildes, había tomado parte activa en las actividades revolucionarias de los Jóvenes Turcos y como consecuencia de ello había sufrido encarcelamientos y persecuciones. Tras de haberse tratado de postergarlo en la carrera, al fin, al unirse Turquía a los imperios centrales en la Gran Guerra, se le designó para defender a las órdenes del general alemán von Sanders, la península de Galipoli. La escuadra franco-inglesa había tratado antes de forzar el paso de los Dardanelos, perdiendo en el intento los acorazados «Irresistible» y «Ocean»—ingleses—y el francés «Bouvet» así como varios otros buques de menor importancia. El Primer Lord del Almirantazgo inglés, Winston Churchill, planeó el desembarco de las fuerzas aliadas en Galipoli, que les permitiera obtener atacando por tierra, un éxito que no habían logrado desde el mar. El genio militar de Ataturk



Una escena de la pasada guerra que los aliados conservan entre sus tristes recuerdos: el desembarco en la Península de Gallipoli, que costó docenas de millares de víctimas, sin conseguir el objetivo principal que consistía en forzar el paso de los Dardanelos. Hoy el indicado paso es codiciado por todas las potencias, pero sigue siendo Turquía su guardadora.

Impresionó bien pronto al general alemán, quien lo comisionó para defender los lugares estratégicos más atacados por los aliados. Después de una lucha tan encarnizada como estéril en la que los atacantes franco-ingleses perdieron 330.000 hombres y los turcos 218.000, los aliados tuvieron que desistir, a fines de 1915, de su intento. El golpe al prestigio británico fué tan tremendo que a Winston Churchill se le obligó a dimitir el puesto de Primer Lord del Almirantazgo.

ATATURK E INONU

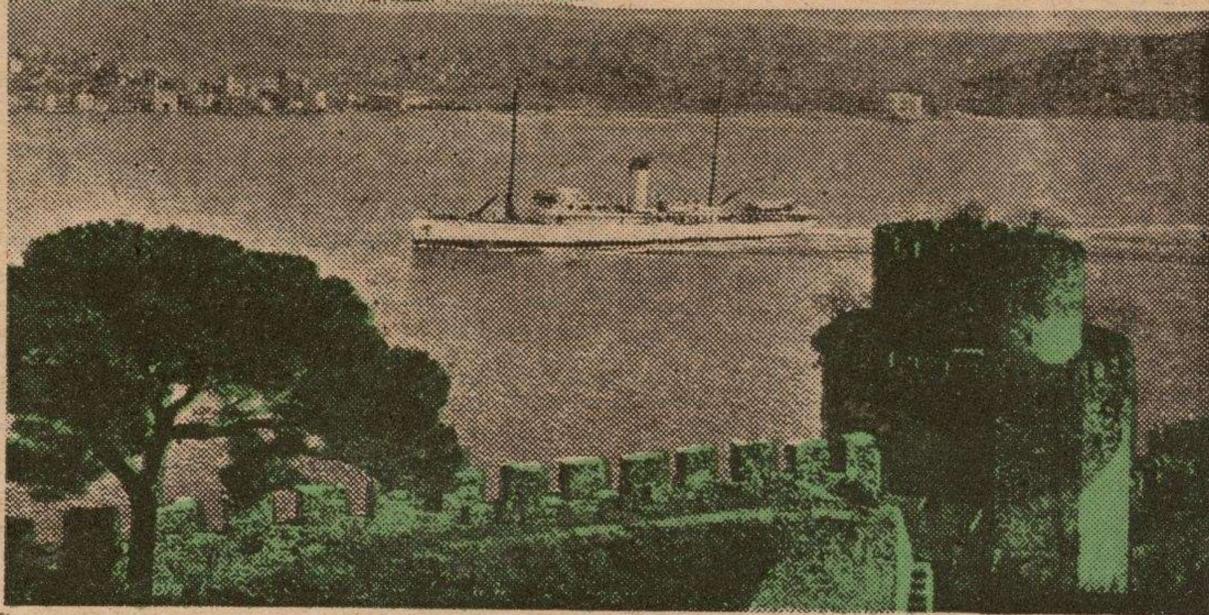
Cuando, al final de la Gran Guerra, los turcos se ven obligados a pedir la paz a los aliados, a Turquía se le despoja de Siria, Mesopotamia, Palestina y Arabia. A Grecia se le concede la ocupación de Esmirna, pero a ello se opone Mustafá Kemal y sus nacionalistas. Inglaterra financia la campaña griega que se inicia para desalojar a los

otomanos del Asia Menor, y arma a los helenos hasta los dientes. Pero todos los esfuerzos de la orgullosa Albión se estrellan ante la heroica decisión de Kemal, que, auxiliado por el actual presidente Ismet Inonu, jefe de sus ejércitos en au-

sencia del líder nacionalista, arroja a los griegos del suelo patrio en 1922.

El padre de la nueva Turquía no intimó con su sucesor Ismet Inonu, hasta que se le hizo comandante de la 19a. división que había de defender a Galipoli bajo el mando supremo del general alemán von Sanders. Inonu, hijo de un magistrado, había figurado también, al abandonar la academia militar, en el grupo de los oficiales que se incorporaron al movimiento de los Jóvenes Turcos. La guerra con los aliados, que tan desastrosos resultados tuvo para su patria, cimentó el prestigio de ambos militares. El general Inonu fué el jefe a quien confió Ataturk el mando del pequeño ejército turco que tuvo que realizar la labor ciclópica de arrojar del Asia Menor a los 90.000 soldados griegos a quienes Inglaterra había encomendado la misión de aniquilar el nacionalismo turco.

Por segunda vez, con el auxilio de Ismet, Ataturk había vencido a Albión. Cuando tras la derrota griega la nueva Turquía exigió de los aliados que se le devolviera la Tracia y que se evacuaran Estambul y los estrechos antes de la conclusión de la paz, el delegado inglés, sir Charles Harrington, le dijo en privado al actual presidente de Turquía: «Evacuaremos, pashá, pero queremos hacerlo honorablemente».



Dentro ya del Bósforo, casi en la confluencia de los mares y los continentes. En primer término se observan los restos de un antiguo fuerte turco. Ahora la vieja Media Luna ha construido otros fuertes, más potentes que los antiguos, y de ahí que su posición política internacional sea tan preponderante en el turbulento mundo del momento.



«... y la tarde siguiente, en plena luna de miel ya no pude más y le grité: "Si quieres que te bese, límpiate esos labios"... ¡Una tragedia! Pero esa misma noche, sin pintura, estaba más linda que nunca!»



«¡Qué humillación! Pero a la noche, Julio me pidió disculpa, diciendo: "Tienes unos labios tan lindos que es un crimen pintarlos... Ahora estás encantadora"... Y me besó en los labios. (Yo me los había acentuado con Tangee.)»



¡No sufra la humillación de que digan que está "pintada"! Use Tangee que no pinta porque no es pintura. Pasándoselo ligeramente es rosa. Repasándolo llega hasta un grana encendido. Un matiz aún más vívido lo da el nuevo Tangee "Theatrical". ¡Y siempre luce usted "naturalidad" que encanta! Por eso es el lápiz de más venta en Estados Unidos. Allá las imitaciones no tienen aceptación ¡cuidado que no intenten vendérselas aquí! Exija Tangee ("Natural" o "Theatrical").

Use también el colorete y el Polvo Facial Tangee. Deje las pinturas y luzca más atractiva usando Tangee!

El Lápiz de Más Fama
TANGEE
EVITA EL ASPECTO DE PINTURA

Hidropónica, el arma contra el bloqueo que podría salvar a HITLER

HIDROPONICA quizá sea una palabra mágica para Hitler, con la cual se pudiera salvar del bloqueo por las Armadas aliadas. Significa el «cultivo de las plantas sin suelo», desarrollándolas en tanques que contienen soluciones alimenticias. El día 23 de septiembre reciente Andrew Clamers y Raymond Moore, jefes del departamento químico de la «Moore Research Laboratory» en Buffalo, anunciaron que según sus experimentos, es posible la producción de alimentos vegetales por medio de este método hasta el extremo de abastecer las necesidades de los pueblos y combatientes. **LOS CULTIVOS EN AGUA 3000 POR CIENTO MAS PRODUCTIVOS QUE LOS DE TIERRA**

Afirman estos investigadores que el método «hidropónico» da 200 y hasta 300 por ciento más de producción que la agricultura clásica; su coste es ínfimo, alcanzando unos dos centavos por pie cuadrado de «tanque»; la demanda de operarios es insignificante y las labores pueden ser realizadas por mujeres y hasta por niños.

En Estados Unidos se propaga con gran intensidad la moda de la «Quimurgia» casera. Se cultivan en los lugares más absurdos las plantas alimenticias más costosas. D. R. Matlin, profesor de «Quimurgia» en las Escuelas Superiores de Los Angeles (California), hizo que su libro titulado «Growing Plants Without Soil» transformara miles de hogares americanos en una especie de Granja de Experimentación. Los antiguos tiestos en donde nacían claveles y geranios, han sido reemplazados por recipientes metálicos o de cristal que guardan en su seno las soluciones nutritivas en donde germinan las ensaladas... ¿Se ha perdido con esto romanticismo?... No se puede decir... Desde luego, la parte estética del hogar no ha cambiado. La línea artística de un geranio, no es superior a la perspectiva que encierra una buena planta de tomates. Si estos vegetales no invocaran el aceite y el vinagre, se podrían tomar como árboles exóticos traídos de alguna extraña Pagoda Oriental.

EL SUELO SOLO DA 10 POR CIENTO DE LO QUE NECESITA UNA PLANTA

No sé por qué el tomate es una de las plantas más favorecidas por los aficionados a estos juegos experimentales. El citado D. R. Matlin explica muy bien su libro la manera de llegar a obtenernos sin necesidad de mucho esfuerzo y costo mínimo. Todo es cuestión de recordar los elementos de química vegetal. El oxígeno, el hidrógeno y el carbono forman 90 por ciento del organismo de una planta y estos tres elementos, se derivan del aire y del agua... Conclusión lógica: Por un diez por ciento que falta no es menester cultivar el suelo... Seguimos invocando a la química con la Botánica y nos encontramos con que los hidratos de carbono (azúcar, almidones, celulosa, etc.) son el resultado de un fenómeno bio-químico que fundamentalmente radica en las hojas. En la mayoría de los vegetales (y en nuestro caso seguimos con el tomate) cada hoja tiene unas 50.000 «bocas» (stomata) por pulgada cuadrada. Estas «bocas» toman el ácido carbónico de la atmósfera y en presencia de la luz del sol, le unen con el agua que circula por los tallos del vegetal y así se forman los «hidratos de carbono». Quiere decir que en términos elementales, la estructura bio-química de un vegetal no es complicada: ácido carbónico—más—luz solar—más—agua, igual: Azúcar... La naturaleza se encarga de equilibrar estos elementos.

COMO SE PREPARA UNA COSECHA CASERA

Para iniciar nuestros experimentos sobre la «Quimurgia», podemos empezar con un tanque o recipiente de pequeño volumen. Un cajón de unos



La fotografía es una interpretación inglesa de lo que las restricciones alimenticias de Hitler permiten comer ahora a un alemán. El gráfico representa el desayuno con que la familia Rogers de Nueva York inició el 30 de septiembre el «régimen alimenticio de Hitler». Este experimento, patrocinado por el diario popular «Daily News» tiene por objeto establecer si puede subsistir normalmente la gente con esa alimentación.

LA AGRICULTURA EN LA CASA CON RESULTADOS ESTÉTICOS Y ECONÓMICOS SORPRENDENTES.

cuantos pies cúbicos. Una antigua pecera de cristal que sirvió para guardar animalillos marinos... hasta una vieja lata de petróleo que está abandonada en la tierra baldía del jardín. Si el recipiente es metálico, hay que revestirlo interiormente de una capa de alquitrán al objeto de evitar la formación del «carderillo» (óxido de hierro de zinc o de estaño) que sería venenoso para la planta. Si el recipiente es de cristal, necesita una envoltura de papel negro que no deje pasar la luz y así no se forman algas u otros parásitos.

Sobre nuestro recipiente, se coloca un enrejado de metal también barnizado de alquitrán que ha de servir como sostén de la planta que allí ha de nacer. Sobre esta reja, una capa de cuatro o cinco centímetros de «filástica» o «mullido» formado por filamentos vegetales, hilos de cuerdas desfilachadas. Es la «cena» en donde se coloca la semilla «germinada» que ha de producir la planta de mañana. Enrejado y «mullido» reemplazan al suelo actuando mecánicamente en el equilibrio de la planta.

Matlin aconseja hacer germinar las semillas durante cinco a ocho días en la tierra. Después, en cuanto la germinación ya está en proceso activo, se las trasplanta al «mullido» cuidando de que las raíces todavía elementales alcancen la solución del tanque.

50.000 DOLARES ANUALES ES UN ESTANQUE DE MEDIA HECTAREA

Ya está el vegetal trasplantado. La humedad de la atmósfera, la luz del sol y la pureza del aire no son factores costosos. Hay que procurarse pues la solución nutritiva. El autor recomienda fórmulas variadísimas y la más manipulable es la titulada «Completa Fórmula de Matlin» que sirve para casi todas las flores y verduras y cuyos componentes son:

Nitrato de potasa, 3 libras; Nitrato de calcio, 2 libras; Sulfato de magnesio, 1 libra; Nitrato de

media libra.

Esta cantidad está calculada para un tanque de 1.700 litros de agua, de forma que la reducción del preparado se hace con arreglo al contenido del tanque, que tenemos en nuestro hogar.

Durante los primeros cinco días, la solución de guardarse a la mitad de su concentración. Luego se va aumentando poco a poco, hasta que llega a la proporción anteriormente citada. De vez en cuando la solución necesita ser «aireada» para lo cual basta un inyector de aire de cualquier tipo (quizás la bomba de un automóvil) para que al salir de burbujas el líquido que alimenta al vegetal. Matlin en su libro nos habla de las maravillas biológicas y «económicas» que se realizan con esta clase de cultivos. Dice, por ejemplo, que Ernie Budin de California, cultiva tomates por valor de 50.000 dólares anuales en un estanque que cubre una media hectárea. La vida de una planta es posible en un área de 1-2 metro cuadrado, mientras que en el cultivo terrestre, necesita 2.5 metros

UN DOLAR MENSUAL DE GASTO PARA PLANTAS DE TOMATE

Estilizando más el problema financiero, dice este autor que 28 libras de compuestos químicos dan 1.280 libras de tomates y unas 800 libras de patatas... Un modesto dolar mensual, puede mantener 800 plantas de tomateras.

¿Plantas sin suelo?... Ya la naturaleza nos había dado el ejemplo de estos fenómenos que ahora se vulgarizan hasta llegar a la prosaica calabaza. Los exploradores polares habían notado que sobre las enormes estepas del Artico, se nota una especie de «alfombra verde» que alguien había observado por un fenómeno luminoso. Esta coloración ha sido estudiada por el Ersebet Kol, de la Universidad de Szeged (Hungria), bajo los auspicios de la Smithsonian Institution de Washington y los resultados de estos estudios, acaban de ser

Luxemburgo,

donde no existe la pobreza

por **Sidney Morrell**

LA REDUCIDA POBLACION VIVE UNA EXISTENCIA PLACIDA Y DICHOSA

Si toma el tren expreso de Basilea en Bruselas y, tres horas después, se pasa por la Aduana, con sus empleados uniformados de azul, al único Estado «de bolsillo» que queda en Europa, de todos los que florecían y luchaban en la Edad Media. Trescientos mil luxemburgueses—aproximadamente componen su población—saben de la vida cómoda y segura, libre de miserias. Se fabrica allí el acero y se le vende casi todo a Estados Unidos, recibiendo en cambio dólares que garantizan la independencia económica de los habitantes.

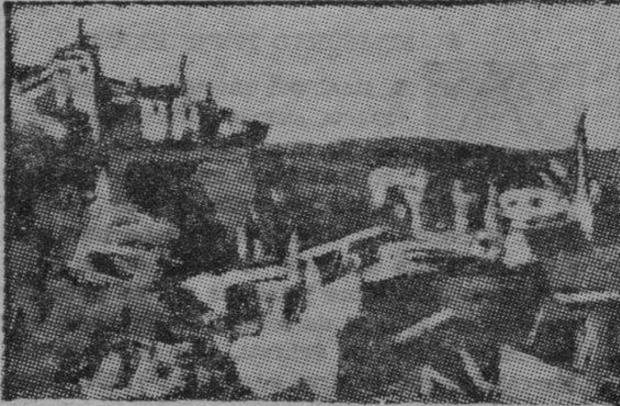
Son, pues, ricos, pero no lo suficientemente fuertes, ya que Luxemburgo es una especie de «sandwich» entre Bélgica—que ya tiene una parte de su territorio, llamado el Luxemburgo Belga—, Alemania y Francia, y los acontecimientos han demostrado que el país pertenece al primero que llega allí en tiempo de guerra. La última vez fué Alemania en 1914.

La desocupación es desconocida en Luxemburgo. En 1929-31, cuando la crisis entró a saco en el mundo, sólo dejó sin trabajo un centenar de hombres en el minúsculo Estado. Pero esos cien obreros están nuevamente trabajando ya, y pagando sus respectivos impuestos a la renta.

Signo evidente de esa riqueza, lo primero que ve el viajero, al salir de la estación para internarse en la ciudad, es una larguísima fila de flamantes automóviles de marcas caras que se utilizan como taxis. Todos ellos son nuevos. Y si el forastero se niega a tomar el primero de la fila porque es un modelo de dos años atrás, tiene que dar al chofer la propina (pourboire o trinkgeld) como compensación. Sólo así logrará que otro taxi le conduzca a donde va.

Son muy escasos los luxemburgueses que están dispuestos a trabajar como sirvientes, pues tienen siempre lo suficiente para sus modestas necesidades, y además abundan los otros trabajos. No obstante hay algunos jóvenes que deciden «abrazar la carrera» de sirvientes, pero lo hacen en Inglaterra, Francia o Alemania.

En Luxemburgo no hay que andar mucho para irse al extranjero. El Estado tiene sólo unas mil



Una hermosa vista del viejo castillo ducal, desde el que se puede admirar el bello penorama de la ciudad con su vegetación exuberante, sus fábricas, sus molinos y sus bellas cascadas.

millas cuadradas, lo cual quiere decir que, si se toma un automóvil para viajar en cualquier dirección por espacio de más de una hora, hay que llevar consigo el pasaporte.

Esto, como se comprenderá, brinda la oportunidad de estudiar la psicología de Europa. Las costumbres en la frontera con Bélgica son buenas. Bélgica tiene un tratado con el Gran Ducado de Luxemburgo, por lo cual los belgas se muestran siempre corteses y amables. Los franceses son los peores, porque se sienten protectores del pequeño Estado, pero no son capaces de traducir ese sentimiento a términos de amistad. Y los luxemburgueses les pagan en la misma moneda. Los alemanes, por el contrario, se muestran siempre excesivamente corteses.

Antaño, Luxemburgo era uno de los baluartes más fuertes de toda Europa, pues estaba rodeado por una cadena de fortalezas, enclavadas en otras tantas colinas o montañas. La ciudad era llamada el «Gibraltar de Europa». La capital está construida sobre una roca que se eleva, por tres de sus lados, a una altura de unos cien metros perpendicularmente. A su alrededor se levanta la primera línea de fortalezas, unidas a la ciudad por una complicada red de subterráneos y túneles llamadas casamatas. Desde hace muchos años esos túneles no han sido explorados, pero ahora, consciente de su condición de centro turístico, la ciudad intenta abrirlos, explorarlos y dotarlos de instalaciones de alumbrado eléctrico. Esas vías subterráneas de comunicación pueden recorrerse durante

zado por el índigo sintético que creó el químico Adolfo Baeyer. El perfume de violeta que necesitaba cinco toneladas de flores para producir una onza de perfume, fué obtenido artificialmente en el laboratorio... La «fijación» del nitrógeno del aire, hizo milagros en la química y en muchos casos desplazó al salitre natural empleado en la Agricultura...

Todos estos ensayos que en su hogar realizan los americanos, pueden tener consecuencias para los países beligerantes si son aplicados con gran intensidad a la manera que operan las fábricas de municiones. Los citados Chalmers y Moore, han recordado que ya durante la guerra de 1914, en los Estados Unidos se hicieron los primeros experimentos para crear cultivos comunales por medio del método «hidropónico». En su laboratorio muestran una planta de tomate que «plantaron» (o «sumergieron») el año pasado en octubre; recogieron los primeros tomates en noviembre y el vegetal siguió produciendo frutos hasta julio. Una intensidad fructífera que jamás se ha registrado en la exótica «hidropónica»...



De especiales características topográficas, el Gran Ducado de Luxemburgo ofrece maravillosas perspectivas, de las que el puente del castillo ducal, construido por los austriacos en 1735, es una muestra bien expresiva.

horas y horas, admirando una verdadera colección de estalactitas; y estalagmitas.

Todo luxemburgués es un internacionalista desde la cuna. El idioma oficial es una mezcla de francés, alemán y flamenco, pero en los colegios todos los alumnos deben aprender el francés y el alemán. Y no existe el analfabetismo en Luxemburgo.

Hasta hace poco se creía que el pequeño Estado lo tenía tratados de extradición, por lo cual se había convertido en la Meca de todos los estafadores financieros del continente europeo. Pero, llegado el momento, se descubrió que existían esos tratados.

En los últimos años, miles de refugiados judíos han cruzado la frontera, procedentes de Alemania. Y el resultado fué demostrar que la policía secreta del Gran Ducado es tan aficiente como la de cualquier gran país del mundo.

También tiene su pequeño ejército el Gran Ducado. En total se compone de unos doscientos cincuenta miembros, entre los que seis son oficiales. Todos ellos son voluntarios, pues no existe allí el servicio militar obligatorio. Y usan un uniforme de caqui verdoso, con ros de alto penacho.

El ejército vive como si todos sus integrantes fueran príncipes. En la puerta del enorme comedor están siempre a la vista los «menús» de la semana. Y ni un solo día se repite un plato. Las órdenes militares son en francés, lo cual demuestra la influencia que Francia ejerce allí. Las armas son alemanas, capturadas durante la guerra. Poseen dos cañones que jamás utilizan. Uno de ellos está descompuesto, y en el otro, hace unas semanas, se encontró una camada de ratones.

Los cocineros locales están orgullosos de su arte. La especialidad nacional es el asado de jabali, animal que importan de Alemania y que, teniendo en cuenta la forma en que Goering defiende a esos animales, demuestra cuáles son los sentimientos de Alemania hacia Luxemburgo.

Los luxemburgueses muestran, con enorme satisfacción, sus altos puentes, que salvan el profundo abismo que se abre entre la ciudad y las tierras que la rodean.

Uno de ellos es llamado por el pueblo el Puente de la Muerte, aunque su verdadero nombre sea Puente Adolfo. Es el lugar preferido por los suicidas luxemburgueses, que se precipitan desde él para caer al fondo rocoso del desfiladero desde una altura de ochenta metros.

Hace poco, un hombre se sacó los zapatos y saltó. Cuando se le fué a buscar, pudo comprobarse que había caído de pie en un arroyo que serpentea por el fondo y que sólo tenía una mojadura. Naturalmente, no volvió a buscar los zapatos... ni subirá al puente en su vida.

El minúsculo país vuelve a escuchar el tronar del cañón. Si la guerra—como en 1914—llega a pasar, la dejarán pasar procurando que al acabarse alguien pague los desperfectos. Es todo lo que se puede pedir en estos tiempos.

blicados el día 20 de septiembre recién pasado.

En el MacKinley National Park en Alaska, se ha descifrado el enigma. La alfombra misteriosa que cubre el hielo está formada por un vegetal elemental—un alga llamada ancyoclinema—que vive de los elementos químicos que toma del hielo y los reduce en virtud de la irradiación solar del Ártico. Es un fenómeno que los botánicos titulan «cryovegetación» que de tarde en tarde es originado por ciertas algas de color rojo que dan a las estepas heladas un aspecto sanguíneo, como si sobre ellas enormes animales antediluvianos hubieran sufrido una hemorragia.

LOS PRIMEROS EXPERIMENTOS EN LA GUERRA DE 1914

Plantas sin suelo se repiten con frecuencia en la escala del mundo botánico. Naturalmente la moda pone de actualidad los fenómenos que la Naturaleza tiene encerrados en regiones apartadas en donde pocos hombres pueden verlos. La química robó a la Agricultura muchos de sus productos y por medio de la síntesis les hizo artificiales. En el 1896 el índigo que ocupaba casi un millón de hectáreas de cultivo en la India, fué reempla-



Historia secreta de una declaración de GUERRA

SU MAJESTAD TIENE PRISA



Al final del consejo, el conde Tisza seguía siendo adversario convencido de la guerra contra Serbia. Pero no tuvo la energía necesaria para pronunciar en tono resuelto su voto. Ya el 8 de julio, el conde Berchtold va a Ische para ver al soberano. Llega alrededor de las 8 de la mañana. Francisco José tiene prisa; le espera para el almuerzo, en la casa de campo de Felicitas, la encantadora Catalina Schratt. ¡Le gusta tanto los bizcochitos que le sirve su amiga! ¡Dios, cómo la gente le molesta! ¡Ni siquiera aquí, en Ische, le dejan en paz!... ¡Este Berchtold! Seguramente vino para hablar de la necesidad de declarar la guerra a Serbia. ¡Con tal que la visita no sea demasiado larga!

—Y bien, querido Berchtold, ¿qué hay de nuevo?

El querido Berchtold parece no tener prisa; siéntase con comodidad en el sillón, saca despacio de su cartera papeles.

—El consejo celebrado ayer en Ballplatz...

Y empieza a exponer las decisiones adoptadas por el consejo.

—¡Podemos contar con el apoyo de Alemania!

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo. Aquí tiene vuestra majestad un informe confidencial de nuestro embajador en Berlín.

El viejo emperador mira con susto este informe: es un documento muy largo, ¡y Catalina que espera allí, en Felicitas, con los exquisitos bizcochos!

—¿Quiere su majestad leerlo?

—No, no es necesario. ¿Dice usted que mi amigo Guillermo nos promete su apoyo?

—Sí, majestad. Para darle más ánimos, estaría bien que vuestra majestad le escribiera algunas palabras...

—¿Ahora mismo?—pregunta, aún más asustado, Francisco José.

—Sí, majestad. Me he permitido componer el texto de la carta en cuestión.

Escondiendo una sonrisa, el conde saca de su cartera un papel y le tiende al soberano. Este le lee con prisa, queda durante unos segundos perplejo, pero termina por decir:

—Está bien. Voy a firmarlo.

Y firma la carta siguiente al kaiser:

«Querido hermano! El atentado contra mi pobre sobrino es una consecuencia directa de la agitación servia y rusa, que persigue el fin de debilitar la triple unión (es decir, la unión austro-alemana-italiana) y minar a mi país... En el porvenir, nuestra tarea consistirá en el aislamiento de Serbia... Para consolidar la paz en Europa, es preciso reducir a nada el papel político de Serbia... Mientras este país siga siendo foco de agitación y propaganda malsana, todos los esfuerzos de los soberanos europeos para mantener en Europa el equilibrio resultarán vanos...»

Etcétera, etcétera.

El viejo emperador firma, suspira, porque se da cuenta de la gravedad de este paso. Y se levanta.

La audiencia está terminada. ¡Con tal de que el conde Berchtold no aborde otro tema cualquiera!

Pero el conde no abusa de la paciencia de su majestad. Se levanta, arregla sus papeles y se despidió.

—¡Vamos a enviar al Gobierno de Belgrado un ultimatum!—dice.

El barón Giesl, embajador austriaco en Belgrado.
—El príncipe Alejandro, que cayó asesinado en Marsella.—El rey Pedro de Serbia.



Pachitch, presidente del Consejo de Ministros de Serbia.

La palabra ultimatum da susto al viejo emperador. ¡Suena implacablemente, como una sentencia de muerte!

—¡Pero eso no corre prisa!—se apresura el conde a tranquilizarle.

Francisco José larga un suspiro de alivio.

El conde sale. El viejo emperador mira su reloj: ¡son las ocho y media! La pobre Catalina ya estará nerviosa. Y los bizcochos que le esperan en la villa Felicitas... ¡Decididamente, la política es una cosa fastidiosa y asquerosa!...

EL OSO RUSO Y EL JABALI ALEMÁN

El tono de la Prensa austriaca se hace cada día más violento. Los periódicos, inspirados por el conde Berchtold y los demás partidarios de la guerra, hablan de la necesidad de defender el prestigio de la doble monarquía. Es una palabra que huele a pólvora.

Pero Austria sola no puede defender su prestigio contra Serbia y Rusia, que, a no dudarlo, prestaría apoyo al pueblo servio. El oso ruso le inspira miedo. Necesita la ayuda del jabalí alemán.

¿Se puede contar con esta ayuda?

«¡Todo depende de Guillermo!»—escribe el 10 de julio «Le Matin», de París.

Lo mismo repiten los periódicos de Londres, Petersburgo, Roma.

En el palacio de Potsdam, el embajador austriaco en Berlín entrega a Guillermo la carta del emperador Francisco José. El kaiser le invita a almorzar con él. El almuerzo le pone de buen humor. Al pasar al salón vecino para tomar el café, el kaiser dice encendiendo su puro:

—Puede usted decir a su emperador, que en caso de una guerra contra Serbia y Rusia, Austria no se quedará sola: a su lado estará Alemania.

Y añade:

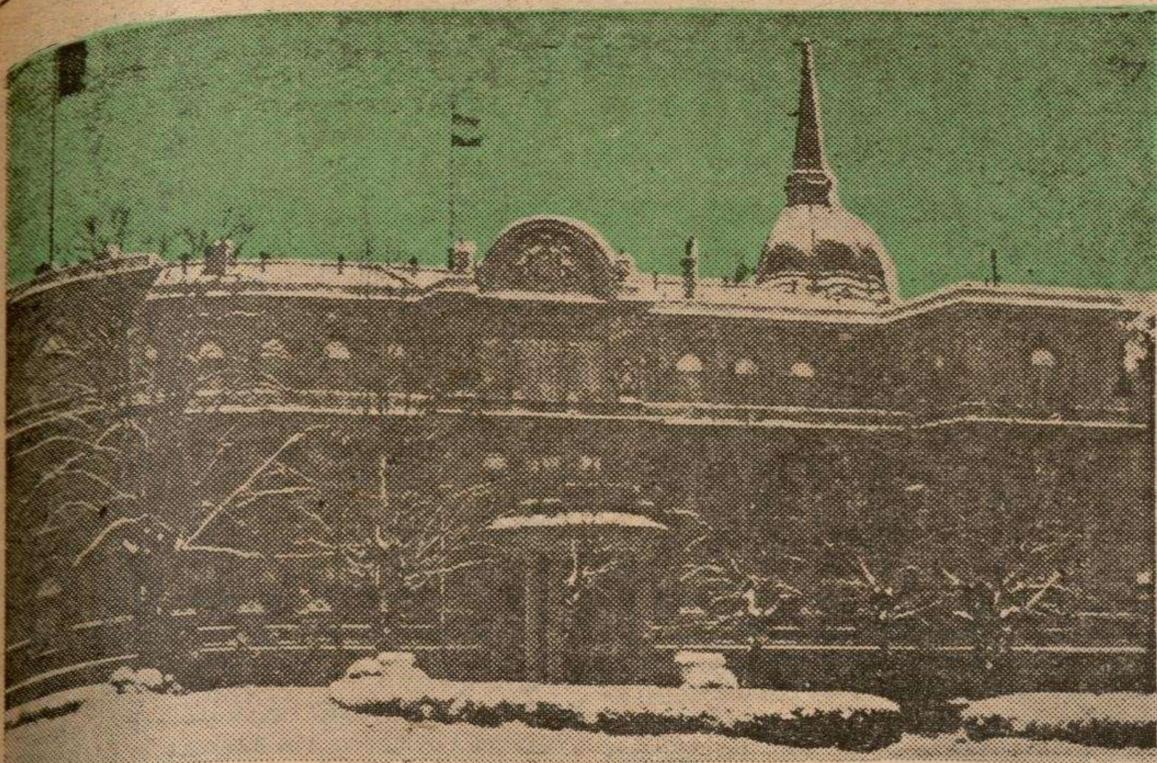
—El momento es favorable y hay que utilizarlo. Porque Rusia no está todavía preparada para la guerra.

CONDICIONES

El conde Berchtold, al conocer las palabras de Guillermo, se frota las manos.

Corre a Ische a ver a Francisco José.

—¡Señor, se presenta una ocasión única! Con el apoyo de la poderosa Alemania vamos a conse-



El «Konak», palacio de los reyes de Servia en Belgrado.

guir un triunfo indudable, y la odiosa Servia morirá el polvo.
 —Está usted seguro de que el atentado de Sarajevo fué inspirado desde Belgrado?
 —Para convencer de ello a vuestra majestad pudiera mostrarle un montón de documentos.
 Pero su majestad teme los documentos. Confía en sus ministros y da al conde Berchtold plena libertad.
 Este vuelve a Viena radiante:
 —¡Ya son nuestros esos regicidas!
 Convoca un consejo extraordinario.
 El conde Tisza continúa hostil a las aventuras



El ministro de la Guerra austriaco Conrad Von Hotzendorf, después comandante de las tropas austro-húngaras.

délicas, pero su oposición es muy moderada.
 En el consejo extraordinario, el conde Berchtold pronuncia la palabra «ultimatum». El conde Tisza parece asustado. El «ultimatum» es casi la declaración de la guerra, pero, ¿es que ya no quedan más medios pacíficos para arreglar el conflicto? El conde Berchtold se apresura a tranquilizarle. Es verdad; la palabra suena mal. Mejor vale evitarla. Simplemente, a algunas condiciones que Viena trata de imponer a Belgrado. Condiciones es otra

cosa. Con tal de que no sean demasiado duras ¡Ay! A este respecto, el conde Berchtold y los generales tienen un concepto distinto. Opinan que las condiciones deben ser muy duras... para que los servios no puedan cumplirlas.

El conde Berchtold lee. El conde Tisza sacude, escéptico, la cabeza.

—¡Pero es la guerra!

Eso es, precisamente, lo que quieren cuatro de los cinco señores reunidos.

LOS «COCHINOS» SERVIOS

Ni Austria ni Alemania tienen un Bismarck. En cambio, lo tiene la pequeña Servia.

Se llama Pachitch.

Es un hombre de edad muy avanzada, con una barba patriarcal. Su plan consiste en la unión de todos los eslavos de los Balcanes y en la creación de una gran Servia. Hace unos años, un plan análogo fué realizado por el Bismarck alemán; tal vez lo conseguirá también el Bismarck servio. Adivina que sólo a consecuencia de una guerra con Austria, Servia podrá transformarse en un gran Estado. Lo dice en el Konak, o sea en el palacio real, al rey Pedro.

Fuó el 8 de julio, el día del cumpleaños del rey. Entre los telegramas de felicitación hubo uno firmado por Guillermo: el kaiser, que se preparaba a aplastar a los «cochinos» servios y calificaba al rey Pedro de «regicida», le deseaba mucha salud y una larga vida. ¡Eso se llama diplomacia!...

Entre los presentes se hallaba el embajador de Austria-Hungría en Belgrado, barón Von Giesl, hombre de confianza del conde Berchtold. También él deseó, en nombre de Francisco José y del Gobierno de Viena, mucha salud y una larga vida al rey servio, Pedro.

El viejo Pachitch volvió la cabeza hacia el embajador ruso Hartwig, sentado a su lado, y le preguntó en voz baja:

—¿Qué le parece a usted? ¿Cuánto tardará este señor en ser llamado por su Gobierno?

Hartwig se encogió de hombros y contestó:

—Creo que dentro de unos quince días.

EL «ULTIMATUM»

Las «condiciones» merecen bien el nombre de «ultimatum».

Primero, el Gobierno de Viena reclamaba que el rey Pedro publicaría una especie de manifiesto, condenando toda actividad hostil a Austria-Hungría.

Luego continuaba con una serie de exigencias

Juan Jaurés, el tribuno y pacifista, asesinado en París el 31 de julio de 1914.—Raymond Poincaré, Presidente de la República francesa cuando estalló la Guerra Mundial.—René Viviani, jefe del Gobierno francés en vísperas de la guerra.



concernientes a varias uniones y organizaciones patrióticas de Servia; todas debían ser inmediatamente disueltas; los oficiales del ejército y funcionarios sospechosos de participación en el movimiento antiaustriaco debían ser destituidos. Una comisión, de la que formaban parte funcionarios austriacos, debía proceder a la instrucción de todas las circunstancias que precedieron al atentado de Sarajevo.

Hay otras «condiciones», aún más humillantes, como, por ejemplo, el reconocimiento solemne por el Gobierno de Belgrado de su culpa en la actividad antiaustriaca de los nacionalistas servios.

Sí, era un «ultimatum», y un «ultimatum» duro.

EN PETERSBURGO

Precisamente en estos días, el presidente de la República francesa era huésped del zar en Petersburgo. Se celebran recepciones solemnes, se pronuncian discursos, en los cuales se asegura la amistad y la simpatía que unen a los dos pueblos. Claro está, la tensión entre Austria y Servia es objeto de conversaciones en el Palacio de Invierno, en la embajada francesa de Petersburgo, en el Ministerio de Negocios Extranjeros ruso.

Los rusos están decididos a apoyar, en caso de un conflicto armado entre Austria-Hungría y Servia, a esta última. ¿Y su aliada Francia? ¿Qué hará Francia en caso de tal conflicto?

Poincaré, al cual el ministro de Negocios Extranjeros ruso, Sazanow, formula esta cuestión, contesta con evasivas. La responsabilidad es demasiado grande. Claro está que Rusia puede contar con el apoyo de Francia, pero ¿hasta qué punto? Eso depende de la marcha de las cosas. Si Viena adopta una actitud provocadora, haciendo de este modo el conflicto armado inevitable; si Servia se ve obligada a aceptar el desafío; si Alemania se pone al lado de Austria-Hungría y Rusia cree de su deber acudir al socorro de Servia, entonces...

Todos esos «sí» inquietaban al Gobierno del zar.

En Viena estaban al corriente de la situación. El conde Berchtold sabía que la publicación de las «condiciones» hubiera mejorado la posición de los rusos, que pudieran, basándose en este documento, insistir en que Poincaré hable con más claridad. Era, pues, preciso esperar que el jefe de Francia se despidiera del zar.

Y el conde Berchtold, al enviar la nota a su embajador en Belgrado, barón Giesl, le escribe:

«Sirvase entregar la nota al Gobierno servio mañana, entre las cuatro y las seis de la tarde, después de haber recibido la noticia telegráfica de la salida del señor Poincaré de Petersburgo».

PACHITCH

El barón Giesl cumple escrupulosamente la orden de su jefe. La nota es entregada al día siguiente, a las seis de la tarde.

El jefe del Gobierno, Pachitch, está ausente de Belgrado. Los demás ministros no pueden, sin él, tomar decisión alguna, pero el Gobierno de Viena exige la contestación en veinticuatro horas. Afortunadamente, en Servia hay telégrafo. Pachitch, que se halla en las provincias, recibe un telegrama urgente, y con toda la prisa posible vuelve a Belgrado.

¡Es la declaración de la guerra! ¡Ya no cabe duda!

Delibera el Gobierno en el Konak, bajo la presidencia del viejo rey Pedro. Está también presente el heredero del trono, Alejandro.

—¡Vaya su alteza inmediatamente a Petersburgo!—le dice Pachitch—. Su alteza tiene allí buenas relaciones.

Hay que convencer al zar de que la situación exige una actitud rápida y decisiva.

El heredero del trono obedece y sale para preparar el viaje. Mientras tanto, Pachitch envía a Petersburgo un largo telegrama.

A cosa de las diez de la noche se pone por teléfono en contacto con el embajador francés, luego con el embajador británico en Belgrado. Los embajadores se muestran perplejos: la situación es demasiado grave. No pueden asumir la responsabilidad. Van a esperar directivas desde París y Londres. Mientras tanto, conjuran al viejo

Pachitch a que no agudice la situación. ¡Es preciso hacer concesiones!

Sí, Pachitch y el viejo rey Pedro están dispuestos a hacer concesiones. Pero hay exigencias incompatibles con la dignidad de una nación independiente.

—¡El cumplir estas exigencias equivaldría a firmar la sentencia de muerte de nuestra nación!—dice Pachitch al embajador ruso en Belgrado.

UNA PROFECIA

Al día siguiente, el telégrafo lleva a todos los rincones del mundo civilizado la noticia del «ultimatum» austrohúngaro. La inquietud se apodera de Europa. Millones de hojas periodísticas reflejan esta inquietud.

El conocido publicista alemán Eduardo Bernstein escribe un artículo profético. Indica que la guerra durará de tres a cinco años, tendrá un carácter horroroso y costará millones de vidas. Hasta predice que Alemania sufrirá una derrota aplastante y que la consecuencia inevitable de esta derrota será una revolución sangrienta.

El artículo no pudo ser publicado: en Alemania ya estaba establecida la censura. Quedó en los archivos de guerra y fué publicado después de la caída de los Hohenzollern y la proclamación de la República.

Guillermo II, al conocer las profecías pesimistas de Eduardo Bernstein, sonrió despectivamente y dijo:

—¡Son soñadores que no tienen noción alguna de la política internacional!

¡LA GUERRA!

El conde Berchtold pasa la noche del 24 de julio sin dormir. Espera la gran decisión. ¿Cómo será acogido en Belgrado el «ultimatum» compuesto por él? ¡Ojalá el rey Pedro y el viejo zorro de Pachitch contesten con la negativa! Entonces, el conde tendrá su guerra... Sí, sería su guerra, su gran obra diplomática, su mérito histórico.

Pero ¿si los servios se inclinan ante las exigencias de Viena? Eso sería un fracaso lamentable para toda la diplomacia del conde. Además, le inspira inquietud el kaiser: parece asustado por la perspectiva de una guerra contra Rusia.

De vez en cuando toca la campanilla. El secretario, pálido, agotado, entra con papeles en la mano.

—¿Algo nuevo en los telegramas?

—En Belgrado, los ministros siguen deliberando. Bethman-Hollweg acaba de telegrafiar a Petersburgo, París y Londres, insistiendo en su intervención para arreglar el conflicto.

—¿Qué piensa nuestro embajador en Belgrado?

—El barón Giesl hace preparativos para volver, junto con el personal de la embajada, a Viena. No cree que Pachitch acepte todas las condiciones.

El conde Berchtold lanza un suspiro de alivio.

¡PACIENCIA!

¡Al fin! ¡Pachitch se niega a cumplir algunas condiciones! Hace a Viena concesiones, pero no consiente que mande a Belgrado a sus jueces de instrucción.

El conde Berchtold está radiante.

Alegre, lleno de energía y de esperanza, va a Ische, para obtener del viejo emperador la firma de la declaración de guerra.

Francisco José parece indeciso y asustado. A la edad de ochenta y cuatro años es difícil tomar decisiones graves. ¡Una guerra exige tantas víctimas! El viejo emperador lee la respuesta de Belgrado y sacude la cabeza.

—Pero sí capitulan... —dice.

—¡Semicapitulan!—rectifica el conde.—¡Es preciso que estos regicidas se pongan de rodillas!

—¿Y qué dice Guillermo?

—Su majestad nos prometió su apoyo y cumplirá la promesa.

—¿De modo que la guerra es inevitable?

—Señor, será, no una guerra, sino una expedición de castigo a Belgrado. Hay que dar a los servios una buena lección.

Esta vez el viejo emperador se resiste.

—¡Vamos a esperar algunos días!—dice.—Cuando se trata de decisiones tan importantes, más vale examinar despacio las cosas...

UNA ARTIMANA

Era preciso crear un «casus belli», para poner de este modo al emperador, al kaiser y a todos los señores que temen la guerra ante un hecho consumado.

El conde se encierra en su despacho con su secretario. Ambos trabajan con mucho ardor.

Por teléfono y telégrafo se ponen en contacto con algunos representantes de las provincias sirias cerca de la frontera servia, con un director de una agencia telegráfica, con un general.

Unas horas más tarde, el conde Berchtold tiene en la mano el telegrama siguiente:

«Según el informe del comandante del cuarto cuerpo de las tropas austro-húngaras, un destacamento de soldados servios abrió ayer, por la noche, cerca de Temés-Kubin, fuego contra nuestras tropas. Estas respondieron. La colisión resultó un carácter bastante grave. Resulta que las hostilidades ya están inauguradas».

¡Ahora, el viejo emperador tendrá que dar su firma!

Así fué: Francisco José capituló. Con su vieja mano temblorosa puso su firma bajo la declaración de guerra.

El 28 de julio, a las once de la mañana, el ministerio de Negocios Extranjeros austro-húngaro enviaba a Belgrado, vía Bucarest, el telegrama siguiente, en francés:

«En vista de que el Gobierno servio no ha contestado de un modo satisfactorio a la nota que le fué entregada el 23 de julio de 1914 por el embajador de Austria-Hungría, el Gobierno de su majestad se ve obligado a tomar medidas para la defensa de sus derechos, sirviéndose de las armas. Desde este momento Austria-Hungría se considera en estado de guerra con Servia. El ministro de Negocios Extranjeros austro-húngaro, conde Berchtold».

Por la tarde, el conde Berchtold informó al viejo emperador de que la noticia de ataque por parte de las tropas servias cerca de Temés-Kubin había resultado falsa: no había en aquel sitio colisión alguna. El conde había sido víctima de un error. ¡Merced a él el conde obtuvo su guerra!

EN NOMBRE DE LA CIVILIZACIÓN

Era el primer trueno de la gran tormenta. Europa entera se estremeció.

Las masas, asustadas, lanzaron gritos de protesta. «¡Abajo la guerra! ¡Viva la paz!». En París, Londres, Roma, Bruselas, hubo manifestaciones callejeras, mítines ruidosos. También en Austria y Alemania las masas manifestaron el deseo de salir a la calle para protestar contra la guerra, pero tropezaron con el «veto» de la Policía.

En Petersburgo y algunos otros centros de Rusia, el «orden» estaba mantenido por destacamentos de cosacos que ahogaban todo movimiento pacifista sirviéndose de sus famosas «nagaikas». La Prensa comunicaba al pueblo que el zar había declarado la guerra a Austria para defender la libertad y la civilización.

En cambio, la Prensa austríaca y alemana reclamaban la lucha contra los bárbaros rusos que constituían una grave amenaza para la libertad y la civilización.

PARIS SE AGITA

Europa va empujada al abismo.

En vano se empeñan en salvar la paz los Gobiernos de París y Londres. En vano el propio Guillermo empieza a darse cuenta de la gravedad de la situación y procura convencer al zar de que el conflicto austro-servio sea arreglado sin intervención ajena: el mecanismo de guerra ya está en movimiento y nada puede paralizarlo.

Europa entera está nerviosa. Sobre todo está nervioso París. Una excitación indescriptible reina en las arterias principales de este «corazón del mundo».

El zar acaba de ordenar la movilización de las tropas. ¡Francia es aliada de Rusia! Eso le impone ciertas obligaciones. Además, Poincaré acaba de visitar al zar y seguramente consolidó más aún la alianza.

EL GRAN TRIBUNO

Juan Jaurés personifica, en estos días turbados,

(Continúa en la página 23)

Las cosas inutilizadas son adquiridas para emplear el hierro en la industria bélica.

¡Hierro, ORO PARA LA GUERRA!

TONELADAS DE METAL VIEJO SON DEVORADAS POR LAS INDUSTRIAS BELICAS, ANTES Y DESPUES DE INICIADA LA GUERRA.

En estos momentos, Europa, Asia, Africa y los Estados Unidos están agobiados por el problema pavoroso: proveerse de hierro en cantidades ilimitadas.

El trigo, elemento primordial para la subsistencia del individuo, ha pasado a segundo plano, desplazado por el hierro, elemento básico para la vitalidad de un pueblo. El Japón fué uno de los primeros que se sintieron asaltados por la psicosis del hierro.

Cuando todo el mundo creía en la eficacia tangible, en la invulnerabilidad de la Liga de las Naciones, el agregado comercial de la embajada japonesa en los Estados Unidos hacía múltiples gestiones para asegurarse, en la Unión, grandes partidas de hierro y acero viejos, que luego eran transportadas con premura a los centros fabriles japoneses. Eran tiempos saturados de ingenio optimismo. Briand soñaba en fundar los Estados Unidos de Europa; Stressemann se esforzaba, por todos los medios a su alcance, en echar los cimientos de una alianza real y duradera entre Alemania y Francia, participando, al mismo tiempo, de los sueños quiméricos de su colega francés Aristides Briand. Mientras tanto, haciendo alarde de una finísima sagacidad, en los puertos norteamericanos del Atlántico y del Pacífico, los japoneses cargaban sus barcos con hierro viejo por el que pagaban (hasta el año 1932) no más de cinco dólares la tonelada. Entonces resultaba mucho más barato transportar acero y hierro viejos desde el puerto de Nueva York, por ejemplo, con destino a Kobe o a Osaka (entre los cuales hay una distancia, aproximada de once mil millas) que de Nueva York a Pittsburg (ciudades norteamericanas ambas, separadas por poco más de cuatrocientas cuarenta millas). Quizá sin descubrir el verdadero destino de aquellas enormes partidas de materias primas, los industriales norteamericanos sonreían burlones y se frotaban las manos complacidos ante la avidez sin límite de aquellos japoneses corteses y circunspectos que parecían víctimas de un hambre feroz de hierro.

EUROPA AMENAZA

Al fin de cuentas, había tantos yacimientos de hierro en los Estados Unidos, y era tan abundante el rendimiento de los veneros del Lago Superior, que bien podían los norteamericanos proporcionar a los nipones todo el mineral que quisieran a un precio bajísimo.

De improviso, en Europa, Alemania se entrega a la misma política seguida por el Japón, convirtiéndose, repentinamente, en la compradora más importante de las minas francesas de hierro, al mismo tiempo que adquiere todo el acero viejo que puedan ofrecerle. Como es fácil presumirlo, Francia se muestra encantada del negocio. A cualquiera seduce entregar hierro en bruto por relucientes monedas de oro.

Sin embargo, con el andar de los años, el sueño producido por el opio del optimismo desaparece de Europa con la celeridad de un pase magnético. La misma Alemania es la encargada de despabilar a los confiados, haciendo que las cláusulas del tratado de Versalles caigan hechas trizas: servicio obligatorio alemán, el Sarre y sus ricos yacimientos de hulla vuelven a Alemania después de un plebiscito elocuentísimo; Alemania persigue a los semitas, ocupa militarmente la zona de la Renania, construye una flota naval poderosa; con el hierro y otros metales adquiridos, principalmente en Francia, construye miles de aviones modernísimos, y, finalmente, Alemania declara, con toda solemnidad, que la paz no será posible en el mundo mientras no le sean devueltas sus colonias. Ante semejantes «hechos consumados», Francia deja de sonreír, se pone seria, reflexiona... y rechaza de plano las relucientes libras esterlinas, prefiriendo reducir el volumen de su tráfico comercial en metales.

Pero es a fines de 1935 cuando esta novísima psicosis de hierro se cierne sobre Europa, estallando violenta, incontenible, avasalladora, en Italia.

ITALIA ANTE EL PROBLEMA

La Liga de las Naciones, que no ha sabido reprimir las transgresiones cometidas por Alemania se muestra rígida con Italia y lanza sanciones económicas contra ella. Mussolini comprende, en el acto, el peligro mortal que entrañan las sanciones. Está sinceramente convencido de que la aventura de Etiopía tendrá éxito, pero teme a Inglaterra y a Francia. Sin embargo, no pierde el sentido de la realidad. Como Italia es escasa en yacimientos de hierro, ordena que todas las máquinas e instrumentos de uso supérfluo de hierro o acero viejos sean entregados al Estado.

¡Y, por primera vez en los anales de su historia, el pueblo italiano experimenta en carne propia los mordiscos dolorosos provocados por el hambre del hierro! Los niños entregan sus juguetes, sus triciclos, sus monopatines, sus bicicletas, mientras que los mayores inician la caza de todos los objetos de

hierro viejo que encuentran al paso. Es así como columnas de alumbrado, campanas de templos, verjas y ornamentos de plazas y parques, maquinarias viejas, completamente inutilizadas por la herrumbre, van a parar a los altos hornos de las fundiciones, haciendo que las acerías apresuren las construcciones de cañones, buques, aeroplanos y toda clase de máquinas imprescindibles para una guerra contemporánea. Pero esta avidez de hierro malestar típico de la época que vivimos, no se circunscribe a Italia. Gran Bretaña, Checoslovaquia, Polonia, Yugoslavia, Bélgica y Rumanía no tardan en sentirse excitadas por los colapsos de la psicosis.

Inglaterra, hasta ayer líder del desarme, ahora es la más profundamente afectada. De la noche a la mañana, el parlamento inglés destina una suma fabulosa para la modernización del material de guerra. Las fundiciones que hasta entonces habían permanecido clausuradas, entran repentinamente en actividad, ampliadas, multiplicadas. Tan intensa es la necesidad de metal que experimenta Gran Bretaña, que de los puertos norteamericanos y de los dominios más remotos parten verdaderas montañas de hierro y acero viejos con destino a los astilleros del Támesis y del Mar del Norte, al mismo tiempo que se inicia el rescate, de las profundidades submarinas, de los buques de guerra de bandera alemana, hundidos en Scapa Flow.

EL «LEVIATAN».

Las cosas no paran aquí. A mediados de 1937, Italia y Gran Bretaña rivalizan en una compra sensacional: la adquisición del «Leviatán», una de las naves más lujosas de pasajeros con que Alemania sorprendió al mundo hace treinta años y que pasó a ser propiedad de los Estados Unidos, después de la gran guerra. La posibilidad de venta dió lugar a una interesante cambio de ofertas por parte de los dos gobiernos, hasta que, finalmente, el «Leviatán» es adjudicado a Inglaterra, y éste es el momento en que la nave, orgullo de una época ya perdida en el pasado, realiza su último viaje, rumbo a los astilleros de Escocia, donde la mole de hierro será desmantelada y enviada a las fundiciones. ¿En qué terminará el hambre del hierro que en estos instantes está azotando a muchos países, y en forma particular a Europa? A esta pregunta responderé con cifras que trasuntan los límites alcanzados por el malestar. En 1913, es decir, en vísperas de la conflagración europea, las acerías de todo el mundo produjeron 68.000.000 de toneladas de acero, mientras que la producción de 1937 excedió de 140.000.000 de toneladas. La llegada de la guerra contesta con elocuencia esta breve historia del hierro viejo.

LA GUERRA cambia la moda y el espíritu femenino

Las mujeres francesas trataron de evitar la nueva guerra, creando una moda que las hiciera más femeninas y alejara a los hombres del peligro de su furia homicida.—Ahora, resignadas a lo inevitable, adaptan sus equipos a las necesidades y sacrificios que les impone la terrible contienda.

La guerra no solamente lleva sus influencias a la indumentaria femenina sino también al corazón y las aficiones de las mujeres. Vicente Blasco Ibáñez, el novelista español de «Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis», fué acaso el reportero mejor que tuvo la guerra de 1914 a 1918, por la sen-

Y cómo supo Blasco Ibáñez retratar la metamorfosis que la Gran Guerra llevó al espíritu de la mujer francesa! Julio Desnoyers, el héroe de sus «Cuatro Jinetes», no podía entender el cambio que se había operado en la mujer que amaba—unida de nuevo a su marido por el lazo indestructible de la mutilación—indefensión—que le había producido la guerra—y buscando la gloria que lo engrandeciera también a sus ojos, encontró la muerte. (Rodolfo Valentino, con su interpretación de Julio Desnoyers, ganó unos años después la fama y la fortuna). Pero el trabajo del novelista español que captó mejor la transformación de la ma femenina, fué aquella novela corta de «la

CREAN NUEVOS ESTILOS PARA USO EN MITAD DE LAS TINIEBLAS.—Esta pareja que deambula por las calles de Londres, usa lo que pudiera llamarse última moda para las tinieblas de las noches de la capital de Inglaterra. Entre los accesorios blancos pueden verse las mochilas para la careta contra los gases venenosos y los sombreros o cascos de acero.



señorita blanca», aquella alocada parisina que transmutada por el conflicto, bailaba ante los moribundos, en una suprema mixtificación de las bienandanzas que los esperaba en el más allá...

Hace unas semanas, al llegar a Nueva York procedente de Europa, una afamada diseñadora de sombreros—Mme. Lilly Daché—que había abandonado la capital de Francia en los momentos en que el inicio de la nueva guerra parecía inminente, dijo que la tendencia de la moda femenina indicaba el deseo de la mujer de evitar la guerra.

«Las colecciones de 1939—aseguró Mme. Daché—prueban que las mujeres temen la guerra y están usando su arma más potente, el traje.

Pero la mencionada modista no se hacía muchas

ilusiones acerca del éxito que el deseo femenino simbolizado en sus ropas, pudiera tener. Por añadidura:

«Si la guerra estalla, todos los trajes que la mujer ha ideado impelida por sus esfuerzos patrióticos, serán ya inútiles. En ese caso tendrán que echar mano a esos trajes impersonales, fallos de sello del sexo, que vendrán a ser como el uniforme del servicio a que serán llamadas».

Las parisinas, que según la versión de Mme. Daché querían ser más femeninas para que los hombres fueran menos salvajes y no volvieran a cargar sobre el mundo su furia homicida, andándose en unas excusas tan condenables como desacreditadas, habían vuelto sus ojos hacia los viejos maestros españoles—Goya, Velázquez, Greco—que legaron a la posteridad unas mujeres ajenas por completo a los motivos militares.

Los «couturiers» de París—se decía—habían aprovechado la oportunidad que les brindara la estancia en Ginebra de las maravillosas obras de museo del Prado—sacadas de la capital de España con motivo de la guerra civil—para buscar en ellas una inspiración que los alejara de los motivos militares que flotaban en el ambiente.

Pero el inicio de la nueva contienda ha cambiado todo el panorama de la moda femenina en la atormentada Europa. En cuanto los cañones alemanes comenzaron a tronar en Polonia, «Daily Telegraph» londinense publicaba el siguiente párrafo:

«Las mujeres que en estos días se han encontrado por primera vez usando uniformes, nos preguntan qué clase de ropa interior deben usar».

«El equipo más práctico es, en primer lugar, la camiseta y pantalón de lana o una mezcla de algodón artificial y lana. Si les es posible deben usar corselete. Calzones «knickers» con elásticos en la cintura y en las rodillas, deben también estar en este estilo, preferentemente en tonos oscuros. Las enfermeras y otras servidoras de la nación que usan trajes claros, deben escoger prendas interiores de algodón o blancas, melocotón o azul pastel...»

Ahora, de acuerdo con la foto que ilustra esta crónica, las londinenses han inventado la indumentaria apropiada para sus noches sin luz. Consiste en unos trajes oscuros sobre los que colocan accesorios blancos. Siguen la misma pauta que las chicas de las aceras que pintan a trechos de blanco, para que su albura se destaque sobre la noche de las piedras que es también la noche de los corazones....

SALUD A LOS FUERTES!

El uso del Quinium Labarraque á la dosis de una capita de licor después de cada comida basta, en efecto para restablecer en poco tiempo las fuerzas de los enfermos más agotados. Por consiguiente, aquellas personas débiles, debilitadas por la enfermedad, el trabajo ó los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rápido; los anémicos, los ancianos debilitados por la edad, debentomar vino de



Quinium Labarraque

APPROUVÉ PAR L'ACADÉMIE DE MÉDECINE DE PARIS

Dépôt: Maison FRÈRE 11, Rue Jacob, PARIS

SI hay Cuatro Jinetes que hayan desencadenado un Apocalipsis en Europa el número Uno no sería Hitler sino que Ribbentrop. Cuando el Embajador Británico Henderson hablaba con Goering, en los últimos días de paz en agosto, acerca de los «locos del partido» que habían tomado control de Hitler, se refería principalmente a Ribbentrop. Y no hay constancia en los pintorescos documentos del «Libro Azul» británico recién publicado de que Goering objetara a esa calificación de «locos», de los cuales él aparentemente se siente excluido.

CONVIERTE EN TRIUNFO SU FRACASO EN INGLATERRA

Ribbentrop, será el Talleyrand o el Metternich de esta época. En escuela bien pudiera decirse que se inspira en el cinismo práctico y brutal de Maquiavelo: todo está bien si resulta bien. Su táctica se parece a la estrategia militar de Napoleón, ser el más fuerte en el momento decisivo y en el sitio decisivo. Ribbentrop mandaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Berlín antes de asumir el cargo de Ministro. Von Neurath no se decidía a las audacias que Hitler esperaba. Ribbentrop tenía su propio departamento diplomático secreto ligado a la Gestapo y a la oficina de propaganda del Partido Nazi que en verdad movía los hilos diplomáticos a veces sin que Neurath se enterara.

Ribbentrop tuvo el talento de convertir lo que fué sustancialmente una derrota en un triunfo. Nos referimos a su misión de Embajador en Inglaterra. Obtuvo mucho en los incidentes de España, preparó el camino de Munich inspirando la confianza que adormeció y dejó desarmada a Inglaterra. Logró el tratado de equivalencia naval, firmó el pacto que obliga a Alemania a sujetar sus actividades submarinas a las prácticas del derecho internacional... Pero fracasó en el objetivo de su misión que era poner en práctica la teoría del «Mein Kampf» de que Alemania no podía embarcarse en aventuras bélicas sin contar con el respaldo o la neutralidad de Inglaterra.

EL CONSEJERO MAXIMO DEL FUEHRER

Fueron los informes de Ribbentrop los que tuvieron la virtud de inspirar este primer apartamiento de Hitler de los consejos de su propia Biblia. Ribbentrop le afirmó que Inglaterra no iría a la guerra por Austria, ni por Checoslovaquia. Los sesudos (Goering) del partido estaban en contra de esas aventuras por temor a una guerra prematura. Los generales en su mayoría también. Hitler siguió el consejo de Ribbentrop y el éxito destacó desde entonces a este hombre como el único consejero de la confianza del Fuehrer. Convencido de que en el caso de Polonia Inglaterra se pelearía, Ribbentrop aconsejó y obtuvo el Pacto con el Soviet. Desde ese instante parece que el joven as de la diplomacia europea se dedicó a convencer al Fuehrer de que Inglaterra no estaba preparada para resistir a una guerra con un Reich que no tuviera que ocuparse de un frente oriental. Si además se lograba una ayuda material de Rusia entonces las probabilidades eran de que los aliados aceptarían una paz rápida en los términos de Alemania. A eso está dedicado ahora, a lograr esa paz.

HITLER SOBRE MUSSOLINI, STALIN SOBRE HITLER

La admirable madeja diplomática tendida por Ribbentrop es la que causó la gran derrota de Chamberlain y Daladier; su triunfo diplomático es evidente, pero sólo el futuro dirá si Maquiavelo la habría aprobado. Es decir, si al final estarán las cartas de la victoria en sus manos o en las manos de sus enemigos. Maquiavelo diría que no, y lo escribió en el príncipe cuando aconsejó: «Nunca debe un Estado hacer una alianza para la guerra con otro más fuerte porque si triunfan quedará a merced del más fuerte». A siglos de distancia parece que el astuto y cinico italiano hubiera estado contemplando el panorama de la Europa actual. Hay signos evidentes de que así como Mus-

siluetas de la guerra

Las dos Radio Fotos Acme Editors Press muestran a Ribbentrop en los actos cumbres de su ruilante carrera diplomática. Una fué tomada el 1 de octubre en la cancillería de Berlín. En ella aparecen Ciano, Hitler y Ribbentrop conferenciando sobre esa difícil paz en que se juega el éxito total o el fracaso total del joven Ministro. En la otra aparece firmando en Moscú, en los últimos días de septiembre, los pactos que consolidaron la Entente ruso-alemana y permitieron lanzar la «ofensiva de paz».



BERLIN, 1 - X - 39



MOSCÚ, 30 - IX - 39

RIBBENTROP, EL MAQUIAVELO QUE SE APARTO DE MAQUIAVELO AL CONTACTO CON EL SOVIET

Munich, juramentando en un protocolo histórico a Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier, y en el Kremlin de Moscú, haciendo las paces con Molotoff que han reconciliado al Fuehrer con el camarada Stalin. No está mal para un negociante de vinos que en 1932 era desconocido en todas partes!

El pacto naval que negoció con los ingleses en 1935, mediante el cual Alemania podía construir una armada que se acercara a la francesa y fuera casi un tercio de la británica, fué un triunfo colosal, sólo comparable a los juegos malabares con que entretenía a los franceses para que no protestaran de las primeras embestidas de Hitler contra el Tratado de Versalles.

A un «gentleman» de tan vastas y geniales cualidades, no podían resistirlo los políticos adocenados de la Gran Bretaña. Conocedor de la maravillosa sensibilidad inglesa para las frivolidades, no quiso tratar con Anthony Eden en la barraca de Downing Street. Prefirió irse derecho a Clividen, en las márgenes del Támesis, y brindar allí con Lady Astor, el Marqués de Londonderry, ex Lord del Sello Privado, Sid Edward Ellington, Mariscal del Aire, Stanley Baldwin, Lord Runciman, Lord Halifax y Chamberlain. Era amigo de Eduardo VIII y de la magnífica señora Simpson... Con estas amistades exquisitas le fué fácil obtener lo que quería en la Conferencia Internacional de Londres de 1936.

UNA BELLA CABEZA EN PELIGRO

La fase más seria de Ribbentrop es la de la columna del Nazismo, no afuera sino dentro del Reich. El buró Ribbentrop ha extendido sus actividades de la diplomacia al espionaje y al sabotaje, que son los engranajes de la conquista alemana. Auxiliado por el experto von Papen, se sospecha que ha regado la semilla del descontento, el terror y la rebeldía, desde Holanda hasta Angora y desde Haifa hasta Dublín.

Descendiente de un alto oficial que tomó parte en la batalla de Waterloo bajo las órdenes del General Blucher, von Ribbentrop ha cumplido en parte su tradición militar, pues durante la guerra de 1914 peleó y fué herido en el frente ruso. Su educación es inglesa y suiza. Casó en 1920 con Annelies Henkel, hija del millonario propietario de la casa de champañas Sekt. Sus relaciones directas con Hitler datan del 1932, año en que le prestó ayuda financiera al movimiento Nazi.

Al firmar el pacto de no agresión con Molotoff, preparado por von Papen, este gentil caballero precipitó la segunda guerra mundial. Si Alemania sale mal en la contienda, la primera cabeza que rodará será la suya.

so'ini fué supeditado por Hitler, Hitler está supeditado por Stalin. Y Moscú maniobra hábilmente para forzar a Hitler en posiciones en que irá quedando cada vez más a merced de Stalin.

LOS VENCIDOS POR EL EX-VENCEDOR DE CHAMPAÑA

Este elegante catador de añejos champañas, risueño caballero de la diplomacia dinámica del Reich y por muchos conceptos el personaje más simpático del movimiento Nazi (por lo menos para las mujeres), hará mutis por el foro de la intriga internacional, si no obtiene la paz que gestiona.

Desde que en 1933 llevó a feliz término la reunión de von Papen con Hitler en que se convino entregarle el poder al Fuehrer, von Ribbentrop ha sido el segundo piloto de la dictadura totalitaria.

Apenas cuenta 44 años de edad y ya se ha tragado a los ases del juego diplomático más complicado de la historia. En su lista de bajas figuran no sólo Chamberlain y Daladier, Bonnet y Halifax sino que Baldwin, Sir John Simon, Barthou, Laval, Flaindin, León Blum, Litvinoff y Anthony Eden. Al Conde Ciano lo tiene siempre de la ceca a la meca. En la propia cancillería alemana, ha colgado los esqueletos del Barón von Neurath y de von Papen.

Ha debido ser él quien sugiriera el fatídico viaje de Schussnigg al claustro imperial de Berchtesgaden, que culminó en la absorción de Austria. Después de esa visita, llamó al doctor Frantisek Chvalkovsky, Ministro de Estado Checo y al Presidente Hacha, para liquidarles su nación y arrebatarles las provincias de Bohemia y Moravia. Siguióles en turno el Ministro Lituano Urbshis que se devolvió a Kaunas con la infausta nueva de la inminente toma de Memel.

ESLABONES DE EXITO

Von Ribbentrop llevó al Reich al Rey Carol de Rumanía, al Almirante Horthy de Hungría, y al coronel Beck de Polonia. Sus dos golpes más soberbios los ejecutó con la destreza de Houdini: en

OLENKA, hija del jubilado Plemiannikov, estaba sentada en el patio de su casa, sobre la escalinata, reflexionando. Hacía calor; las moscas le rondaban la cara con insistencia y Olenka pensaba con placer en que pronto llegaría la noche. De oriente venían nublados cargados de lluvia, y, de tanto en tanto, soplabla una húmeda brisa.

En el centro del patio estaba Kukin, empresario y propietario del teatro Tivoli; tenía su departamento en una casa que lindaba con el patio de Olenka. En esos momentos, Kukin contemplaba el cielo.

—¡Otra vez!—decía con tono desesperado—. ¡Otra vez! Llueve todos los días, como a propósito. ¡Es la ruina para mí! ¡Cada día es una nueva pérdida!

Junto las manos y continuó, volviéndose a Olenka:

—Esta es la vida, Olga Semionovna. ¡Puras lágrimas! Trabajo, hago todo lo posible, me atormento noches enteras, pienso como hacerlo mejor y para que? Por un lado el público ignorante e insensato. No entiende de arte... Y después, el tiempo. Llueve casi todos los días. El público no va al teatro...

Al día siguiente, por la tarde las nubes aparecían de nuevo y Kukin repetía sus lamentos.

Y el tercer día lo mismo...

Olenka lo escuchaba en silencio, compungida, y algunas lágrimas asomaban a sus ojos. Las desventuras de Kukin la conmovieron y por eso empezó a quererle. Ella había amado siempre a alguien y no podía vivir sin amar. Primero había querido a su papá, que yacía ahora, enfermo, en un cuarto oscuro, en un sillón, respirando con fatiga; había querido a la tía que dos veces por año llegaba desde Bransk; y mucho antes, cuando iba al colegio, habíase enamorado del profesor francés. Era una señorita quieta, apacible, compasiva, con una mirada humilde y dulce, y con una salud a toda prueba. Mirando sus mejillas rosadas, su cuello blanco, la ingenua sonrisa que aparecía en su rostro al oír algo agradable, los hombres pensaban que «no estaba mal esa muchacha»; y ellos también sonreían, la tomaban de una mano y le decían de improviso:

—¡Alma querida!

La casa donde vivía desde su nacimiento y que constituía su herencia, hallábase en el extremo de la ciudad, en el suburbio de los zingaros, muy cerca del teatro Tivoli; tarde y noche podía escuchar la música; aquello le parecía el eco de la lucha que sostenía Kukin contra la suerte.

El corazón languidecía de dulzura; no sentía ganas de dormir...

Kukin le propuso que se casara con él; se casaron, y Kukin volvió a juntar las manos, diciéndole:

—¡Alma querida!

Era feliz, pero el día de la boda y la noche siguiente llovió a cántaros, y su cara siguió con aquella habitual expresión desesperada.

Vivieron bien. Olenka instalábase en el teatro. vigilaba todo, y sus mejillas sonrosadas, su ingenua sonrisa, semejante a un rayo de sol aparecían en todas partes. Decía a sus conocidos que el teatro era la cosa más notable del mundo, la más importante y necesaria, y que solamente en el teatro se puede gozar de un placer verdadero y hacerse más bueno.

—¿Pero usted cree que el público entiende? Ayer estaban casi todas las localidades vacías; pero Vania y yo sabemos que si pusieramos en escena cualquier vulgaridad, se llenaría de gente. Mañana, Vania y yo haremos «Orfeo». No deje de ir.

Lo que Kukin afirmaba del teatro y de los actores, Olenka lo repetía. Lo mismo que él, ella despreciaba al público por su indiferencia para el arte; vigilaba la conducta de los músicos, corregía el tono de los actores, y, cuando en los periódicos del

Alma querida

por ANTON CHEJOV

lugar hablaban mal del teatro, Olenka lloraba y pedía aclaraciones.

Los actores la querían mucho y llamaban «Vania y yo» «Alma querida»; ella los compadecía, les prestaba dinero y cuando la engañaban, lloraba a escondidas.

Pasaron bien aquel invierno; alquilaron el teatro de la ciudad por toda la temporada y lo subarrendaron. Olenka engrosaba, pero Kukin se ponía más flaco y amarillento cada vez, lamentándose siempre de los malos negocios. Tosía de noche y Olenka le daba jarabes, lo rociaba con agua de colonia y lo envolvía con las mantas cálidas.

—¡Qué valiente eres! —le decía, acariciándole los cabellos—. ¡Y qué hermoso!

Kukin fué a Moscú durante la cuaresma para reunir una compañía; Olenka no podía dormir sin él; sentábase junto a la ventana y miraba las estrellas. Kukin tardaba; escribía anunciando su regreso para Pascuas. Pero el lunes de la semana santa, por la noche, llamaron. La cocinera, marchando con sus pies desnudos, corrió a abrir la puerta.

—¡Un telegrama!

Olenka había recibido otros telegramas de su marido, pero esta vez, sin saber por qué, se quedó rígida. Con sus manos temblorosas lo abrió, y leyó:

«Ivan Petrovich ha muerto hoy repentinamente. Esperamos órdenes. Funerables, martes».

Así decía aquel papel: «funerales»; firmaba el director de una compañía de operetas.

—¡Querido mío! —sollozaba Olenka—. ¡Vania mío! ¿Por qué te conocí? ¿Por qué te amé? ¿Cómo has dejado a tu pobrecita Olenka?

Kukin fué sepultado el martes en Moscú, en el cementerio Vagankov. Olenka regresó el miércoles y apenas entró en su casa se abandonó en el lecho, estallando en sollozos tan fuertes que se oían de la calle y los patios vecinos.

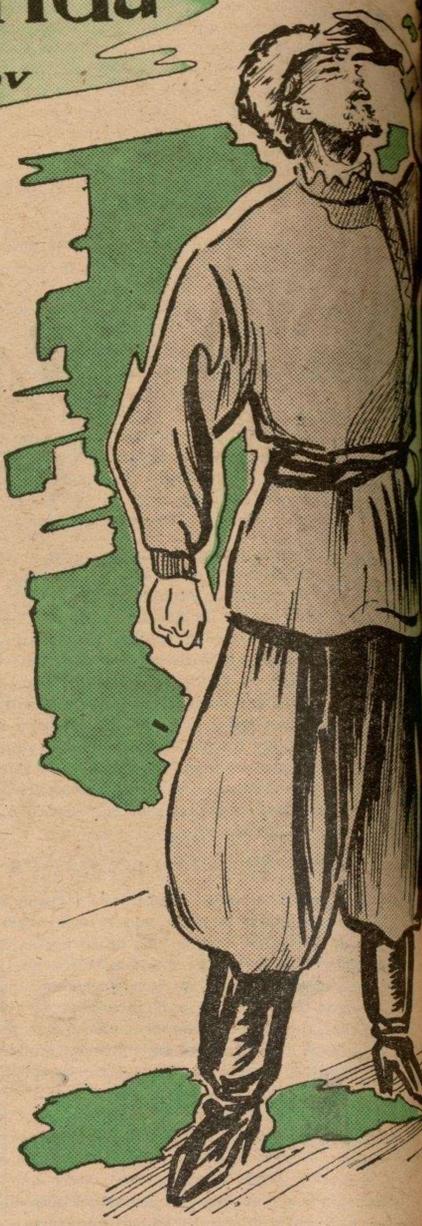
—¡Alma querida! —decían los vecinos, haciendo la señal de la cruz—. ¡Cómo se desespera la pobrecita Olga Semionovna!

Tres meses después, Olenka volvía de la misa, enlutada. Al salir de la iglesia la acompañó un vecino suyo. Vasili Andreich Pustavalov, administrador de un depósito de maderas. Llevaba un sombrero de paja y un chaleco blanco con cadena de oro, y más parecía un rentista que un emplea-

do. —Todo tiene su razón, Olga Semionovna—decía con un gesto tranquilo y con mucha simpatía en la voz—. Y si alguno de los nuestros muere, eso significa que Dios lo ha querido y que debemos ser fuertes y resignados.

Cuando llegaron ante la casa de Olenka, Vasili la saludó y siguió su camino. Desde ese instante, Olenka creyó oír a cada rato aquella voz repesada, y apenas cerraba los ojos, evocaba aquel rostro tranquilo. Pustovalov le había gustado mucho. Era evidente que ella también le había causado a él cierta impresión, porque, algunos días después, vino a visitar a Olenka una señora anciana que ella conocía muy poco, y que, apenas sentada se puso a hablar de Pustovalov como de un hombre bueno y cordial, a quien muchas mujeres quisieran por esposo.

Tres días después llegó Pustavalov y Olenka, casados, vivieron bien. El se quedaba en el negocio de maderas hasta la hora del almuerzo, luego salía, y Olenka ocupaba su lugar hasta la noche, haciendo cuentas y despachando partidas de leña.



para pasatiempo y los días de fiesta se quedaba en casa, y Olenka también. Se queda demasiado en su casa o en el ne-



ocio—decían los conocidos—. Debiera ir al teatro, Alma querida, o al circo.

Yo y Vassia no tenemos tiempo para perder en el teatro—respondía gravemente—. Somos gente trabajadora y no pensamos en cosas fútiles. ¿Qué hay de bueno en el teatro?

Iban los domingos a la primera misa y volvían de la iglesia caminando uno junto al otro, con caras compungidas; la pollera de seda de Olenka cruzaba suavemente; ya en la casa, tomaban el té.

En el negocio hervía siempre el samovar y obsequiaba a los clientes con té y bizcochos. Una vez por semana, los dos esposos iban a la playa a bañarse, y los rostros se sonrosaban.

—No hay que quejarse; vivimos bien—decía Olenka a los amigos—. Estamos sanos, gracias a Dios. Ojalá el Señor conceda a todos una vida igual a la que vivimos Vassia y yo.

Cuando Pustavalov iba a Mogiliov, Olenka se aburría mortalmente; no podía dormir y lloraba. A veces llegaba a visitarla, por la tarde, el doctor Smirnin, veterinario del regimiento un jovencito que había alquilado una casita en el barrio. Smirnin contaba alguna anécdota y jugaba con ella a las cartas, sirviéndole de distracción. Sobre todo, interesaba a Olenka lo que el doctor le contaba respecto de la vida familiar: el joven era casado y tenía un hijo; pero estaba separado de su mu-

jer. Ahora la detestaba y le enviaba todos los meses una suma para el mantenimiento del hijo. Escuchándolo, Olenka suspiraba y bajaba la cabeza, diciéndose que, seguramente, el chico sufriría por el alejamiento del padre. Y luego, por extraña asociación de ideas, sentía piedad por él.

—Qué Dios lo proteja—decía Olenka saludándolo, mientras lo acompañaba hasta la escalera—. Le agradezco mucho que haya querido aburrirse conmigo. Que Dios y la Virgen le den salud...

Ella se expresaba siempre con un tono muy reposado, imitando a su marido; el veterinario había salido ya y Olenka lo llamaba de nuevo para decirle:

—Vladimiro Smirnin; usted tendría que recon-

ter en el jardín con el veterinario, de que éste le leyese el diario, o de que Olenka había dicho a una señora:

—No tenemos en la ciudad una buena vigilancia sobre los animales. He oído decir que esa es la causa de muchas enfermedades. Hay que pensar en la salud de los animales domésticos como en la de las personas.

Olenka repetía las ideas del veterinario y pensaba del mismo modo que él. Era evidente que ella no podía vivir sin un afecto durante un año entero, y que había encontrado su felicidad en la casita de Smirnin. Cualquiera otra mujer hubiese sido calumniada, pero nadie podía pensar mal de Olenka; ¡era tan comprensible toda su vida!

Olenka y el veterinario no hablaban a nadie del cambio operado en sus relaciones y trataban de disimularlo; pero no lo conseguían del todo, porque Olenka no sabía mantener secretos.

Cuando los colegas del doctor venían a visitarlos, ella, sirviendo el té o la cena, hablaba de la peste bovina, del carbunco y hacía confusiones innumerables y cuando los visitantes se iban, Smirnin la tomaba de un brazo y le decía lleno de cólera:

—¡Te he dicho que no hables de lo que no entiendes! Cuando los veterinarios hablamos de nuestras cosas, hazme el favor de no meterte. Aburres...

Ella lo miraba entre sorprendida e inquieta, y preguntaba:

—¿Y de qué tengo que hablar, entonces?

Luego, con lágrimas en los ojos, lo abrazaba, suplicándole que no se enojase; y los dos eran felices.

Esa nueva felicidad también duró poco. El veterinario partió con su regimiento, para siempre, porque el regimiento iba muy lejos, muy lejos, a Siberia. Olenka se quedó sola. Sola del todo. Su padre había muerto y el sillón que ocupara estaba arrinconado, cubierto de polvo y con una pata menos. Olenka adelgazaba y se ponía fea: las personas que la encontraban por la calle no la miraban como antes y ya no le sonreían; los mejores años habían pasado y ahora empezaba quien sabe qué nueva vida ignorada, en la que mejor era no pensar.

Por la tarde, Olenka sentábase en la pequeña escalinata de la casa; oía la música del Tivoli, el crepitar de los fuegos artificiales del circo; pero estos ruidos no provocaban en ella ningún pensamiento. Miraba con indiferencia el patio vacío; no pensaba en nada, no quería nada; luego, cuando llegaba la noche, se acostaba y volvía a ver en sueños el patio vacío. Comía y bebía sin querer.

Lo más grave de todo era que no tenía ninguna idea. Veía los objetos a su alrededor y comprendía todo lo que sucedía a su lado, pero no alcanzaba a formarse un juicio respecto de ninguna cosa y no sabía de qué hablar.

Cuando vivían Guklin y Pustovalov, y, luego, cuando el veterinario estaba en la ciudad, Olenka se explicaba todo y hubiera podido decir su parecer sobre cualquier cosa; pero ahora, había en sus pensamientos y en su corazón un vacío tan grande como el patio. Experimentaba un ansia y una amargura extraña, como si hubiese masticado hojas de ajeno hasta el cansancio.

Poco a poco, la ciudad se agrandaba; el suburbio de los zingaros era el orgullo de los vecinos, y en los lugares donde estuvieron el Tivoli y los depósitos de maderas, surgían ahora muchas casas. ¡Cómo pasa el tiempo! La casa de Olenka estaba más oscura; el techo metálico habíase oxidado; la galería del patio había cedido de un lado, y todo estaba cubierto de hierbas y ortigas.

Y ella también, Olenka, envejecía y sentía en el corazón un vacío, una desolación, como un olor de ajeno; en invierno, sentábase en la ventana y miraba la nieve. Si llegaba un hábito de primavera, si el viento traía el sonido de las campanas, y los recuerdos del pasado irrumpían de golpe, el corazón se le apretaba de dulzura y caían

de sus ojos las lágrimas; pero eso duraba poco; volvía a sentir aquel vacío y de nuevo ignoraba la razón de su vida.

Un gatito negro la rozaba, maullando dulcemente; pero esa caricia no la conmovía. ¿Qué le hacía falta? Tenía necesidad de un amor que le ocupase toda, toda el alma; que le diese pensamientos y una dirección en la vida; de un amor que calentase en sus venas la sangre envejecida. Olenka echaba de los pliegues de su falda al gatito negro y le decía con despecho:

—Vete, vete..., ¡no tienes nada que hacer aquí!...

Y así un día y otro, sin ninguna alegría y sin ninguna idea precisa sobre nada de este mundo. Lo que decía Mavra, la cocinera, estaba bien.

En un cálido día de julio, hacia el atardecer, mientras los pastores hacían volver las majadas, y todo el patio se llenaba de polvo, alguien llamó en la puerta de calle. Olenka fué a abrir; y apenas miró hacia afuera se quedó rígida: allí estaba el veterinario Smirnin, con los cabellos blancos. En un segundo, Olenka recordó todo; no pudo contenerse: estalló en lágrimas y apoyó su cabeza en el pecho de Smirnin, sin decir una palabra; estaba tan conmovida que no se dió cuenta cómo entraron los dos y cómo se sentaron a tomar el té.

—¡Querido!—murmuraba Olenka, temblando de alegría—. ¡Vladimiro! ¿De dónde te trae Dios?

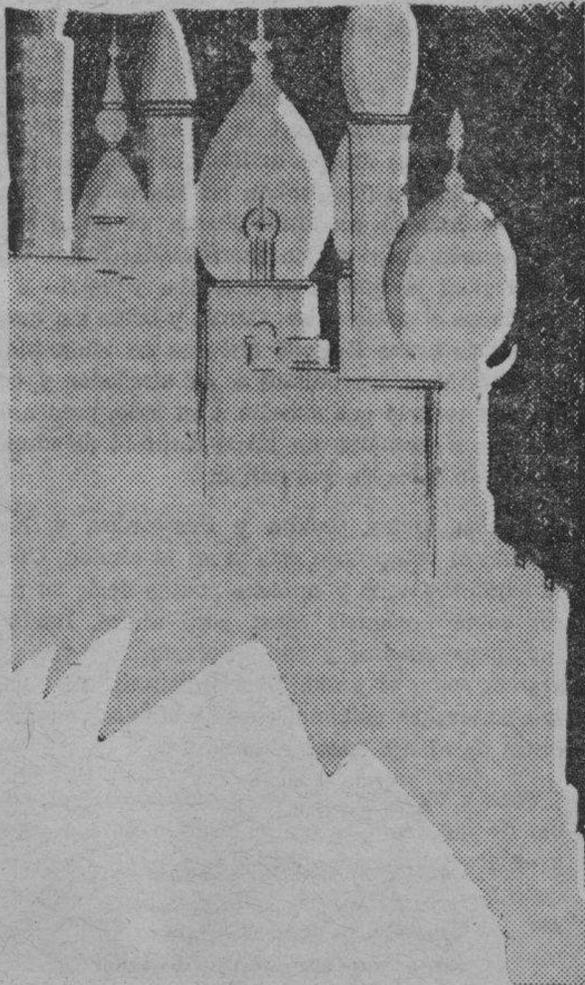
—Quiero establecerme aquí definitivamente—decía el veterinario—. He renunciado a tentar fortuna y llevar una vida sedentaria. Y ya es tiempo de que mi hijo vaya al colegio. Está grande. Me he reconciliado con mi mujer.

—¿Y dónde está ella?—preguntó Olenka.

—En el hotel, junto con el chico, y yo ando buscando un departamento.

—¡Dios mío! ¡Querido, toma mi casa! ¡Oh, Señor, Señor!—decía Olenka, llorando—. Vengan a vivir aquí. ¡Qué alegría, Señor!

A la mañana siguiente, los obreros pintaban el techo de la casa, blanqueaban las paredes, y Olen-



ka iba de aquí para allá, dando órdenes. La sonrisa de antaño le iluminaba el rostro; estaba reanimada, rejuvenecida, como si despertara de un sueño muy largo. La mujer del veterinario llegó en un coche: era una señora delgada y fea; y con ella llegó un chico. Sacha, pequeño para los diez años que tenía. Grueso, con los ojos claros y azules y dos hoyuelos en las mejillas. Apenas entró Sacha



acompañe aquella mujer alta y corpulenta. Se da vuelta y dice:

—Vuelva a casa, tía; me voy solo.

—Ella se detiene y lo sigue con los ojos sin parpadear.

dear, hasta que el chico desaparece en la puerta. Después de haber acompañado a Sacha, vuelve muy despacio; contenta, tranquila, llena de benevolencia; la cara, rejuvenecida en estos seis meses, sonríe radiante; las personas que la encuentran, mirándola, le dicen.

—Buen día, Alma querida, Olga Semionovna... ¿Cómo está?

Y ella cuenta en el mercado:

—Los estudios del colegio son muy difíciles. Ayer han dado para estudiar una fábula una traducción latina y un problema... ¿Cómo puede hacerlo una criatura?

Luego sigue hablando de los profesores, de las lecciones, de los libros de texto; repite lo que dice Sacha.

Olenka y Sacha almuerzan juntos a las tres; juntos preparan los deberes por la noche, y lloran. Arrebujándolo en las cobijas, Olenka traza muchos signos de la cruz sobre la cabeza de Sacha y murmura una plegaria. Luego, al acostarse, sueña en lo porvenir, lejano y nebuloso, cuando Sacha, terminados sus estudios sea doctor o ingeniero; cuando tenga una casa grande, caballos, un coche; cuando se case y tenga hijos...

Se adormece y durante el sueño giran los mismos pensamientos, y las lágrimas caen de los párpados cerrados.

De pronto se oye un llamado en el portón, Olenka se despierta y le falta el aliento; el corazón late con fuerza. Pasa medio minuto y se oye otro llamado.

«Es un telegrama de Karkov—piensa Olenka, echándose a temblar—. La madre exige que Sacha se vaya a su lado... ¡Oh, Señor!»

Está desesperada; siente un hielo en la cabeza, en las piernas; le parece que nadie en el mundo puede ser más infortunado que ella. Pero pasa otro minuto y llega el sonido de una vod: es el veterinario que regresa.

«¡Loado sea Dios!», piensa Olenka.

Vuelve a acostarse y piensa en Sacha que duerme profundamente. Y de tanto en tanto, murmura, entre sueños:

«¡Alma querida!» «¡Alma querida!»

en el patio, corrió tras el gato y su risa tintineó jubilosa.

—¿Es suyo el gato?—preguntó a Olenka—. ¿Me dará un gatito a mí, cuando tenga? Mamá les tiene miedo a los ratones.

Olenka hizo que tomara el té; sentía un gran calor en el pecho, lleno de dulzura, como si aquel chicuelo fuese suyo. Cuando, por la noche, Sacha repetía las lecciones, Olenka lo miraba con ternura y piedad, y murmuraba:

—Cariño mío... Niño mío, ¿cómo has nacido tan inteligente, tan blanco?

—Se llama isla—leía Sacha—, una parte de tierra circundada de agua por todas partes...

—Se llama isla una parte de tierra...—repitió ella, y ese era el primer juicio que expresaba con convicción después de tantos años de silencio y de vacío en el cerebro.

Ahora poseía ideas, y, durante la cena, hablando con los padres de Sacha, decía que los muchachos deben estudiar para médicos o para ingenieros, por esto y por aquello.

Sacha empezó a frecuentar el colegio. Su madre había ido a Karkov a casa de la hermana y no regresaba; su padre salía en coche a visitar alguna majada enferma y se quedaba fuera tres días seguidos. Y a Olenka le parecía que Sacha estaba completamente abandonado, que se moría de hambre; se lo llevó a su pieza y le preparó un lecho.

Y han pasado seis meses desde que Sacha vive allí. Todas las mañanas Olenka se acerca a su camita; el chico duerme profundamente y parece que no respirara; y ella lamenta despetarlo.

—Sachenka—dice con tristeza—, levántate. Es hora de ir al colegio.

El se levanta, se viste, recita su plegaria, se sienta a tomar el té. Está de mal humor. dice Olenka; y lo mira como si el chico estuviese por emprender un largo viaje—. Me haces pensar mucho en tí. Trata de estudiar, almita..., obedece a los maestros.

—¡Déjeme!

Y se aleja. Olenka lo sigue en silencio.

—¡Sachenka!

El se vuelve y Olenka le pone en la mano un dátil y un caramelo. Cuando están por llegar a la esquina del colegio, Sacha se avergüenza de que lo

MUY BREVES

o o o

AUTOVATICINIO

Mido el bienestar de mi país por mi impopularidad. Habré terminado mi tarea cuando sea el hombre más odiado de Inglaterra.—(Vendimiare).

o o o

DEFINICION

Solterona es la mujer que sabe todas las respuestas pero a quien nunca le hicieron la pregunta.—(Montreal Star).

Si la felicidad del hombre consistiera única y exclusivamente, en el disfrute de los grandes placeres que encierra la vida, el mundo sería una triste mansión de desilusionados; porque no a todos les es posible alcanzar, ni aun a aspirar, a esa suprema dicha; mas, por ventura del ser humano, entran también en el número de sus satisfacciones y posibilidades, una infinita serie de pequeñas e inocentes alegrías al alcance de todos, que hacen encantadora la existencia aun de los más modestos y humildes.

Ser medianamente rico no está en nuestras manos; ni lo conseguimos la más de las veces, así hayamos agotado nuestros mayores esfuerzos y puesto en acción nuestros más firmes empeños en la persecución de esa finalidad.

Poseer un palacio o una bella mansión alhajada con ricos objetos de arte, y elegante y cómodo mobiliario; ser dueño de un hermoso y rápido yate, que nos traslada, en medio de comodidades y mil atractivos, del uno al otro lado del mundo; tener a nuestra disposición, y a la hora que nos convenga, gracias a la rapidez y facilidad de los automóviles y aeroplanos modernos, desde la más próxima hasta la más lejana ciudad del orbe; ostentar ricas y deslumbrantes joyas, y dar, por nuestros costosos y bien cortados trajes, la nota de la elegancia y del buen tono; realizar periódicamente largos y amenos viajes a las ciudades y regiones más escogidas del mundo; solazarnos en nuestras bibliotecas y nuestros salones, con la lectura y contemplación de costosas obras y geniales cuadros de los más famosos autores y artistas; despertar la envidia, goce el más supremo para los espíritus mediocres, por nuestro boato y riqueza y altos títulos honoríficos y nobiliarios; ser adulados de cortesanos y preferidos de cortesanas; tener, poseer, atesorar, triunfar ruidosamente, y escalar y brillar, en fin en los más altos puestos y posiciones, no cabe duda que brinda y encierra todo ello una suma imponderable de deleites y bienandanzas; pero...

—Y hacer un buen café en la modesta maquina que como inestimable tesoro guardan muchas personas en su casa?

—Nada, señor; nada supera para esos sibaritas el placer de llevar a cabo con cuidadosos e infinitos detalles, la sabrosa cocción de la «coffeearábica», y brindársela después a los amigos.

He ahí una de esos pequeños grandes placeres que intentaremos anotar en estas líneas, y que sustituyen en algunos seres a esas otras grandes atracciones de la vida que les están vedadas. ¡Con qué íntima y regocijada atención realiza este supremo artista las distintas operaciones encaminadas a la obtención del divino y aromático néctar! Preparar, limpiar y conectar las diferentes piezas de que se compone el aparato; el depósito del agua; el filtro; el fogoncillo. Separar la estudiada dosis del líquido y el polvo, para que resulte la cocción dentro de la más acertada proporción científica; estar atento a los primeros resongos del agua hirviente, para ir echando a su tiempo, cucharada por cucharada, el aromático polvo, a fin de que se vaya filtrando gota a gota y no se pierda su esencia; y repartirlo al cabo entre los no muy numerosos invitados en diminutas tazas, como licor de dioses que no puede darse en demasia...

—Café como este que hace usted—dirá uno de los agraciados—puede asegurarse que no se bebe en ninguna parte del mundo.

Y esto para el altísimo químico que lo ha preparado, y ha sabido deleitar con él a sus visitantes, vale más que todos los honores y las riquezas del mundo.

Así gozaba este pequeño gran placer en su casita de soltero de la calle de Crespo, nuestro amigo Elías de los Ríos, viejo actor retirado y alto empleado en la casa consignataria de la Trasatlántica Española, que aquí en la Habana regentaba Don Manuel Otaduy—recientemente fallecido—y cuyo amigo ya presentamos a nuestros lectores, cuando en anteriores postales nos referimos a las tertulias del Café Central.

Otro placer que se iguala al del «cafetero do-

Viejas postales descoloridas PEQUEÑOS GRANDES PLACERES



místico»: el que experimenta el cocinero de acción, o llámese chambrista.

Un acto tan prosaico y vulgar como el de cocinar los alimentos que han de nutrirnos, conviértese, ejercido por uno de esos aficionados, en un arte tan delicado como difícil; nadie corta ni prepara las patatas como ellos; ni maneja y distribuye mejor las especias; ni corta con más arte la carne y el pescado; ni lleva a cabo todos los detalles para la confección de un plato, con más delicadeza, aseo y elegancia.

Recordamos un buen amigo nuestro que era, al mismo tiempo que chambrista, un delicado e inspiradísimo poeta; y hombre de una no muy común erudición literaria: José Alfonso Forn, de Matanzas, últimamente miembro del profesorado de aquella provincia. Había que verlo con qué arte y exquisitez preparaba en una excursión campestre por ejemplo, un pollo a la Marengó; y cómo al mismo tiempo que lo cortaba en trozos y los echaba a la cazuela, y preparaba la salsa y los demás ingredientes, nos hablaba de la última novedad literaria del día. Tenía una retentiva tan prodigiosa, que de memoria y de corrido nos recitaba, no ya sólo poemas enteros en verso, que es cosa fácil de aprender, sino discursos completos de Castelar, Montoro, Cortina, el gran orador autonomista, y artículos de costumbres de los más renombrados autores.

Mientras soplabla el fogón con un abanico grande de paja, y probaba de vez en cuando la sazón, para matar el tiempo y entretenernos, solía recitarnos «El hombre globo» o «El castellano viejo», de Figaro, del que recordamos la elegancia y fina dición con que describía ciertos pasajes, como este de la trapatiesta que se armó durante la comida con que obsequiaba el «Castellano» a sus invitados:

«Una doméstica, toda azorada, retira el capón en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación; y una lluvia maléfica de grasa descende, como el rocío sobre los prados a dejar huellas sobre mi pantalón color de perla»...

¡Pollos a la Marengó como aquellos tuyos, tan apetitosos, no los volvimos a comer jamás, caro y viejo amigo!

El confeccionador de cocteles para sus íntimos, es otro de los seres felices que habitan en este mundo. A fin de realizar sus obras de arte con el mayor acierto, y lograr los éxitos más rotundos y contundentes, tiene este otro artista en su casa una infinita variedad de cocteleras de todas clases y tamaños; y un tan rico surtido de licorés fuertes e ingredientes del caso, que ya quisieran para su crédito las más renombradas barras que existen, y para su prestigio, los cantineros más o menos Maragatos que se conocen. Que la canela más fina y perfumada; que la pimienta en polvo

más cáustica; que las gotas tales y cuales elaboradas en los más selectos alambiques; que la sal y el azúcar molidos de tal modo que casi llegan a la volatilización; que los perfumados limones del mundo; que el más completo y complicado triturador de hielo; que, en fin, todo lo que, después de las clásicas sacudidas y meneos de ritual de los niquelados recipientes, donde se encierra y agita la misteriosa combinación, pueda dar por resultado un néctar, al que de seguro le concedería un premio extra en un concurso báquico, el propio hijo de Júpiter y de la ninfa Semele.

—Nada, amigo—le declara un verdadero experto—que hay que aclamarlo a usted primer copero del Olimpo, cuando hace un daiquirí, un presidente, un manhattan, un martini, o algunas de esas ambrosias mitológicas tan elogiadas.

—En el reciente concurso báquico de París—le confiesa otro—se hubiera llevado usted la primera medalla de oro.

Aquel día el coctelista duerme sobre sus cocteles; y es más feliz con esa inocente satisfacción, que el propio Morgan con todos sus millones.

Y esto nos recuerda una exquisita tarde de arte en casa del poeta Gustavo Sánchez Galarraga, en el viejo aristocrático barrio del Tulipán, en la que, entre otros invitados, recordamos a la recitadora Eusebia Cosme—¡qué sugestiva recitación la suya, de la «Macorina», del errante poeta astur Alfonso Camín, el del garrote y el chambergo de medio lado!—, el cancionista vernáculo Bola de Nieve, que nos tocó al piano varias de sus «baladas congas»; el malogrado poeta y literato, Ruy de Lugo Viña; el mago recitador González Marín. Con todo lo que estos artistas se sintieron halagados y enorgullecidos por los cálidos elogios a su talento, que allí se les tributaron, ninguno gozó mayor complacencia espiritual, que aquel modesto sirviente de Galarraga—«Domingo»—encargado de preparar los variados cocteles que se repartieron en la fiesta...

¿Qué contento, ni qué dicha, ni qué placer, entre los más grandes, puede colocarse al lado del que experimenta el «errante trovador», cuando en una serena y clara noche de luna recorre las extraviadas callejas de su villa natal, cantando y acompañándose con la guitarra, en unión de varios amigos, las más escogidas y melodiosas canciones populares de su patio? Cuando después de toda una velada errante, en la que ha puesto a prueba la resistencia de su privilegiada laringe cae rendido en el lecho, a las primeras luces del alba, dejando a un lado su arpa eólica, y se entrega al sueño reparador con la sonrisa en los labios y la satisfacción en el alma, de haber una vez más, llevado a cabo el empeño que constituye el más dulce y profundo placer de su espíritu, no hay ser feliz que se le iguale.

**Yo vengo Amelia
de muy distante,
cantando errante
sin porvenir...**

**Tú eres, Dorila,
mi dulce amada,
prenda adorada
del corazón.**

**Con las flores que el campo atesora
formaremos un bello primor;
y pulsando la lira sonora
cantaremos un himno de amor...**

En el número de estos trovadores recordamos a Virgilio Arnau, a Martínez, a Ramitos, al galleguito Parapar; y sobre todo, el guitarrista Alberto Villalón, autor de cien famosas canciones criollas de aquellos tiempos, entre ellas una «histórica», dedicada a Máximo Gómez.

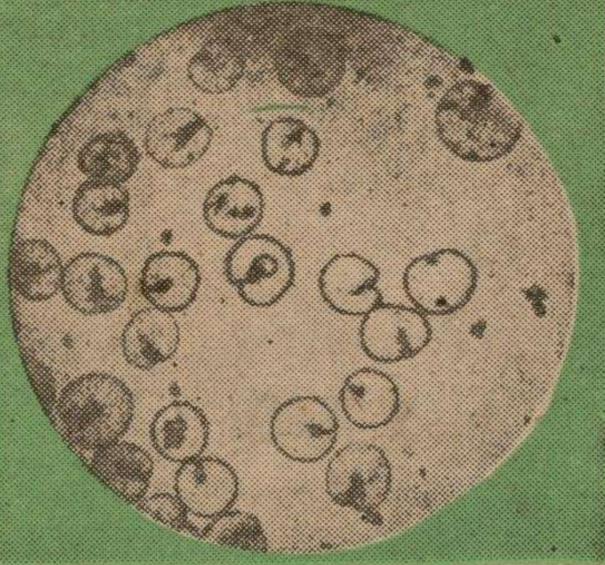
Otro placer que sólo gustan los escogidos de la diosa felicidad en sus horas de desinterés: la es-
vaha relación de sincera y profunda amistad que

fuegos Marinos

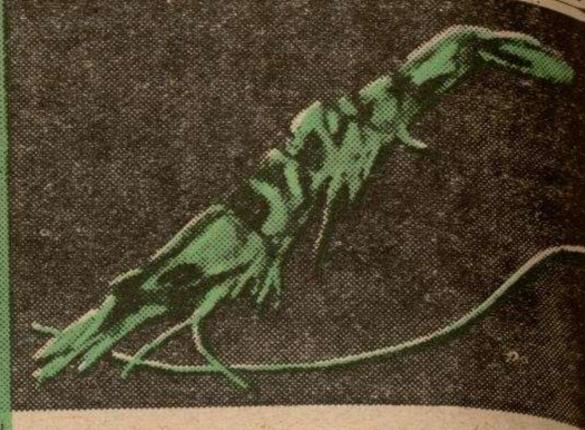
por ENRIQUE BOLECH



Copépedo luminoso (aumentado 28 veces).



Estos pequeños seres con aspecto de duraznitos aumentados más de 40 veces, son protozoos flagelados, denominados *Noctiluca scintillans*, que producen principalmente la luminosidad del mar.



Euphausia superba, el más típico de los crustáceos luminosos (tamaño natural).

La luminosidad marina es uno de los espectáculos más fantásticos que la naturaleza brinda al hombre, y lo es en tal magnitud que muchos de sus privilegiados espectadores han cedido a la necesidad de narrarlo con entusiastas frases y a menudo poéticas símiles. La contemplación de esos torrentes de fuego líquido que bailotean sobre las olas y surgen como chorros ante la proa de un barco para extenderlos luego en estela tras la popa, provoca verdadero estupor. ¿No resulta acaso contradictorio para el entendimiento del hombre ver que el mar—lo incombustible por excelencia—parece arder con pálidas llamaradas, por lo común de reflejos azulados? Evidentemente. Pero como en la naturaleza no existe fenómeno que no tenga, descubierta o no, su explicación científica, pasaremos a considerar las causas que ocasionan esas fosforescencias.

Digamos en primer término que la luminosidad marina fué observada ya en la antigüedad, pero quizá los primeros en explicar su origen fueron los naturalistas del «Endeavour» en 1768. El capitán de dicho navio, J. Cook, manifiesta en el relato de su viaje: «En la noche del 29 (sábado 29 de octubre de 1768) observamos ese aspecto luminoso que con tanta frecuencia mencionan los navegantes y que se ha atribuido a diversas causas. Suponen unos que ello es debido a los peces que agitan el agua al lanzarse sobre sus presas; otros, a la putrefacción de los peces y otros animales marinos, a la electricidad y a otras diversas causas... Nosotros éramos de opinión que procedía de algún animal luminoso, y lanzada que fué la red, vimos confirmada nuestra hipótesis: nos trajo aquella una especie de medusa que, al llegar a bordo, ofrecía el aspecto de un metal fuertemente calentado, emitiendo luz blanca. Con estos animales se extrajeron algunos cangrejos muy pequeños, de tres especies diferentes, cada uno de los cuales daba tanta luz como una luciérnaga, no obstante ser menores que las nueve décimas de éstos».

Años más tarde, en el capítulo VII de su «Relación del viaje del «Beagle», el insigne naturalista inglés Darwin escribe: «Mientras navegábamos

se sostiene con una mujer bella e inteligente. Pero nada más que hasta los límites de la amistad, porque pasada esa raya, se entra en los dominios del amor, en donde reinan, impacables, la impaciencia, los celos y el desencanto: tiranos de la dicha.

Dulces y gratos placeres que se saborean con delicia, y a los que no superan en intensidad los más costosos y difíciles de alcanzar: escapar de un pe'igro cierto; dominar una pasión que estaba en vía de dominarnos a nosotros; resolver las dificultades de un empeño de cualquier orden, en que se juega nuestro nombre propio o nuestro prestigio profesional; preparar y llevar a cabo con feliz resultado y buen provecho una partida de caza o de pesca; llevarse el premio en un concurso íntimo de charadistas; colmar, en lo posible, los apu-

algo al sur del Plata, en una noche muy oscura, el mar ofreció un admirable y bellissimo espectáculo. Corría una fresca brisa y toda la superficie, que durante el día se había visto como espumosa, brillaba ahora con una luz pálida. El barco hendía ante su proa dos olas de fósforo líquido y dejaba en pos de sí una estela láctea. Las crestas de las olas brillaban en toda la extensión del océano hasta donde la vista podía alcanzar y las capas inferiores atmosféricas que se tendían sobre el horizonte, merced al resplandor reflejado de los lívidos fulgores antes descritos, no parecían tan tenebrosos como la bóveda superior del cielo».

Como la luminiscencia del mar se manifiesta con la máxima frecuencia y fulgor en aguas tropicales y subtropicales, algunos la consideran privilegio exclusiva de éstos, pero Darwin, según consta en la cita que antecede, la presencié al sur del Río de la Plata, y hasta en mares antárticos, frente al cabo de Hornos. Además Nordenskjöld observó estos «fuegos fríos» en los mares árticos.

Del relato de Cook se desprende que los organismos bioluminiscentes son numerosos. Hoy podemos agregar más aún: es probable que no haya tipo zoológico sin representantes marinos luminosos. Pero el típico y principal productor de la luminosidad marina es un animalito designado con el sugestivo nombre científico de *Noctiluca scintillans*, cuyos caracteres morfológicos más importantes describiremos sucintamente. Perteneció al gran tipo de los protozoos, que constituye el primer peldaño de la escala zoológica.

Como todo protozoo, las *Noctilucas* son unicelulares y se destacan entre los representantes del

ros de un necesitado; hacer el bien; compartir una pena; desflorar con una plegadera, una a una las páginas del libro que nos preparamos a leer e ir saboreando al azar y de antemano esta y aquella frase; vislumbrar el título prometedor de un capítulo; gozar, en fin, el deleite de una lectura rápida y fragmentaria, que nos augura otros mayores y más sosegados e intensos...

Pero el más grande de todos esos pequeños placeres; el que culmina en la suprema dicha y encierra los mayores gozos imaginables, es, el de servir de monó: el de fungir de payaso: el de hacer reír con sus muecas y desplantes cómicos... el abuelo feliz a sus encantados nietecitos.

¡Que vengan todos los Rotschilts del orbe con sus cajas de caudales, yates y palacios suntuosos a disputárselo!

tipo por su gran tamaño, lo que permite observarlas a simple vista en las muestras de agua, en forma de esferitas gelatinosas, transparentes como bolitas de cristal. Vistas al microscopio, recuerdan diminutos duraznos con su pedúnculo móvil, el tentáculo, emergiendo como en esa fruta de una depresión de la esfera. Mediante vacuolos hidrostáticos incluidos en el protoplasma, las *Noctilucas* flotan en el agua y se dejan arrastrar pasivamente por las corrientes, modalidad que permite incluirlas en el importante conjunto biológico denominado **plancton** (del griego **plankton**: errante).

Abundan esos protozoos en los mares tropicales, subtropicales y templados, sobre todo en los primeros. De día sólo se advierte su presencia por el peculiar aspecto lechoso que aquéllas dan al mar cuando se hallan en gran cantidad. En ocasiones se presentan en forma de manchones rojizos, como de «salsa de tomate», empleando la gráfica comparación del actual director del Museo Argentino de Ciencias Naturales, profesor M. Doello Jurado, quien en 1915, de regreso de una excursión a Puerto Madryn, tuvo ocasión de observar dicho espectáculo, describiéndolo así en el tomo II de la revista «Physis»: «al regreso, el 12 de mayo a medio día, un poco más al norte de la península Valdez con un mar de calma extraordinaria, se podía ver la superficie, azulada y tersa, cubierta a trechos de manchones rojizos como de óxido de hierro, cuyos bordes se diluían gradualmente: eran acumulaciones prodigiosamente numerosas de *Noctilucas*, que en grandes masas toma aquella coloración. Extraída una cantidad de aquella agua en un balde común, se podía ver al cabo de pocos instantes una capa de 2 ó 3 centímetros de espesor constituida por *Noctilucas*».

Es muy interesante esta cita porque señala la fuerte colaboración que la *Noctiluca* comunica al agua, hecho hasta entonces no bien comprobado y debido a la ingestión por estos protozoos de otros organismos rojizos, en especial **dinoflagelados**. El mencionado naturalista observó también que las *Noctilucas* se ven a simple vista desde la borda del barco cuando la incidencia de los rayos solares es favorable. De noche producen vivos centelleos blancoazulados. La producción luminosa no es continua y en general la provocan estímulos externos; sólo en bacterias y hongos la luminosidad es continua e independiente de estímulos. Cada centelleo de *Noctiluca* tiene una duración máxima de un segundo, pero cuando el animal perece, al ser extraído del agua, por ejemplo, brilla más tiempo y con más intensidad, como ofreciendo póstumo despliegue de esplendor. La *Noctiluca* puede considerarse cosmopolita en el **plancton nerítico** (1).

En alta mar, dicho animal es reemplazado por el **Pyrocistis**, otro protozoo que se clasifica como

HACE unas semanas, desde estas mismas columnas del DIARIO DE LA MARINA, nos referimos a la última gran exposición canina celebrada en París; y aprovechamos la ocasión para hablar del perro y de los privilegios y cariños que goza en la capital de Francia. En aquella oportunidad tratamos de poner de relieve la especie de culto, de fetichismo, que los parisienses tienen por los nobles compañeros del hombre. Hoy, hablando sobre el mismo tema, hablaremos del abudando de los perros después que éstos mueren, y para ello vamos a hacer una incursión en el Cementerio Canino de Asnieres.

Nuestra primera visita al camposanto de los canes se remonta a unos siete años largos, es decir, cuando llegamos, plenos de un criollismo exaltado, en nuestro viaje inicial a la ciudad mágica. Un día que comentábamos con un viejo cubano que reside en París desde la otra guerra de 1914 las dificultades que, para atravesar las grandes arterias, tenía que salvar el simple peatón, nuestro amigo nos dijo lo siguiente:

«Únicamente cruce las calles por las esquinas y siempre utilizando el «camino de clavos». Así disminuye el peligro de ser atropellado por un automovilista. Pero si usted quiere que su humanidad esté completamente garantizada al realizar esta diaria y repetida faena, láncese al asfalto a la vera de una mujer, mientras más vieja mejor. Si la dama que le sirve de escudo va acompañada por un niño o por un perro, sus oportunidades de salir ileso aumentan considerablemente. Mas si la señora es vieja, lleva un niño de brazos y en la mano una cadenita cuyo otro extremo termina por uno de los dos millones de perros que alberga París, entonces puede estar usted completamente seguro de que no corre ningún riesgo al atravesar la calle»...

Nuestras observaciones ulteriores confirmaron plenamente el gráfico consejo. Comenzamos a darnos cuenta del papel preponderante que ocupa el perro en París, y, claro, una de nuestras primeras escapadas del perímetro oficial de la capital de Francia tuvo por objeto visitar el Cementerio Canino de Asnieres, del que hoy quiero decirnos unas cuantas palabras.

Después de una media hora de recorrer el intrincado laberinto que son las irregulares calles de París y de cambiar un par de veces de «autobús», que, en verdad os digo, no admiten comparación con las «guaguas» que ruedan por la Habana y sus alrededores, llegamos al largo puente de Clichy que comunica a París con el progresista pueblecito de Asnieres. El que atravesase el puente de Clichy y entre en Asnieres ignorando las divisiones departamentales de Francia, creería que sigue en París pues nada interrumpe la populosa fisonomía de la



La nota cómica, aunque el rostro de este perro es una cosa seria. Se trata de una amistad entre «el amigo del hombre» y un hombrecito del futuro.

El Cementerio canino de Asnieres

POR RENATO VILLAVERDE

A las puertas de París más de cincuenta mil perros duermen junto al Sena. —Bellas tumbas y epitafios sentimentales. — Barry, perro de San Bernardo, heroico sin paralelo. - Bóvedas adquiridas por muchas personalidades célebres.—Otras curiosidades de este cementerio donde la sinceridad tiene un palacio.

capital. El Sena, de notable anchura en este tramo, deja en su medio la pequeña isleta de Ravageurs, célebre por sus pasados dramas, donde los apaches repartían sus botines y dirimían sus querellas e inmortalizada en las escalofriantes novelas de Eugenio Sue.

La antigua isleta de Ravageurs, sin los apaches

ya de épocas pretéritas, sigue siendo famosa y visitada. En ella se encuentran el Cementerio Canino, al que da acceso una artística portada edificada sobre el puente, obra de la acertada concepción del ingeniero Eugenio Petit. En lo alto del frontispicio se lee esta inscripción: «Cimetiere des

(Continúa en la página 21)

aquel en el grupo de los dinoflagelados. Pyrocistis es un nombre griego cuyo equivalente castellano, «vejiga de fuego», alude a la notable característica del animal que designa. Digamos además que desde las investigaciones de Michélin en 1830, se sabe que muchos dinoflagelados son luminosos, y estudios posteriores han hecho extensiva esta propiedad a la mayor parte de este grupo de organismos, ampliamente representado en el mar.

En general pueden producir luz numerosas formas pequeñas del plancton, crustáceos, celenterados, vermes, bacterias, etc. En Quequén y Necochea hemos tenido ocasión de contemplar a menudo, en noches estivas, el bello aspecto que ofrece el mar engalanado por los organismos luminosos. Al romper contra la escollera, la blancura de la espuma que la violencia del choque produce es notablemente destacada por el incesante juego de luces que bordan las olas y se deslizan sobre las rocas. Este espectáculo, digno de verse, es ignorado por la gran mayoría de los veraneantes. En este caso los organismos luminosos con los Ctenóforos (del griego Ctenos: peine; foros: llevar), parientes próximos de las «aguas vivas» o medusas, animales gelatinosos, transparentes, alargados, provistos de ocho hileras de paletitas vibrátiles luminosas, en forma

de peines, que les han dado su nombre. Los hemos observado en acuarios de la Estación Hidrobiológica del Museo Argentino de Ciencias Naturales, sita en Quequén, comprobando que también en ellos se provoca la bioluminiscencia irritándolos.

Entre los crustáceos de reducido tamaño hay notables productores de luz, como los conocidos con el nombre vulgar de «pulgas de agua». Del grupo de los Copépodos se conocen por lo menos siete especies luminosas. De otro grupo de «pulgas de agua» se puede citar la Cypridina hilgendorfi, cuya sustancia luminosa es tan potente que una parte en 1.700.000 de agua produce efecto perceptible. En algunos crustáceos los órganos luminosos adquieren gran complejidad, como en la Euphausia, una de cuyas especies, la Euphausia superba, constituye el alimento principal, y hasta exclusivo, de las ballenas de los mares antárticos. Las Euphausias poseen un órgano luminoso o fotosferio en cada pedúnculo ocular y ocho más a lo largo del cuerpo. Estos fotosferios, que se presentan como manchas brillantes a los lados del cuerpo del animal, presentan, además de las células productoras de luz, un «reflector» y un lente que aumentan la intensidad luminosa.

Son también notables las colonias llamadas Py-

rosomas, que flotan en la superficie marina. Tienen una longitud aproximada de 20 centímetros, pero alcanzan en ocasiones más de dos metros. De noche, y en reposo, la colonia despide un suave resplandor que al ser irritado el animal se torna primero rojo vivo y luego rojo blanco, como metal sometido a alta temperatura. Es probable que sean éstos los animales mencionados por Cook.

En todos los animales descritos, la luminosidad es efecto de la oxidación de un compuesto orgánico, la luciferina, que ellos mismos segregan, y cuya combustión se produce en presencia de una enzima, la luciferasa.

En ciertos organismos, la luminosidad, lujoso funesto, es el resultado de una afección bacteriana que puede costarles la vida.

Finalizamos así de revistar rápidamente los principales organismos luminosos que viven sobre la superficie del mar, abstracción hecha de las numerosas e interesantísimas formas habitantes del fondo, dotadas también de extraordinario poder lumínico.

(1) Plancton correspondiente al mar epicontinental (de 0 a 500 metros de profundidad).

SUNNY SPAIN

LOS pueblos que no tienen sol... Hay pueblos que tienen riqueza, seguridad una vida próspera y fácil, producto de una civilización quintaesenciada. Pero les falta el sol para ser completamente felices. Tienen sol, sí; pero es un sol pálido, intermitente, apagado, que se les da muy tamizado por cendales infinitos de bruma.

A España la envidian su sol, ese sol que se da en torrentes inagotables, sin tasas, con una generosidad exuberante y desbordada. ¡Ah, si España pudiera exportar su sol! ¡Si pudiera cambiarlo por otras cosas en un mercado de fantasía!

—¿Qué nos podrían dar ustedes a cambio de nuestro sol?—he preguntado al caballero inglés con quien primero he tratado del tema que motiva esta información.

—Hombre—me ha respondido, después de pensarlo mucho—dinero no fbamos a darles. El sol no se puede pagar con dinero. Además, a ustedes parece que no les hace falta para nada el dinero. Podríamos darles nuestro sistema parlamentario. ¿Le parece?

Sosteníamos la conversación en un vagón del sur-expreso que se acercaba rápidamente a Madrid. Mister Harris había tomado el tren en París, pocas horas después de haber «despegado» en el aeródromo londinense del Croydon. Y ahora estaba deseando llegar a la estación del Norte, de Madrid, para saltar a un ómnibus con sus baúles y maletas y dirigirse a la estación del Mediodía.

—No quiero perder el expreso de Málaga, que sale dentro de dos horas—me explicó.

—¿Por qué esas prisas?

—Quiero estar lo antes posible allá.

—¿Va usted a algún negocio que tiene fechas improrrogables?

—No; voy a descansar. Voy a estarme allí cuatro meses. Anteriormente estuve siete meses seguidos.

—Entonces, quédese usted unos días en Madrid..

—¿En Madrid? ¿Para qué? Yo voy a Málaga!

—Voy a Málaga—repetía obstinadamente, extrañándose quizá de que tan definitivo argumento no me convenciera.

Por eso, al tratar de hacer una información sobre los extranjeros que vienen a España en busca del sol que les falta en sus países, he venido a Málaga y me he metido entre ingleses. El experimento podría haberlo hecho lo mismo en Sevilla, o en Mallorca, o en Alicante. Pero había que decidirse por un centro de producción de sol cualquiera, que sirviera de tipo.

UNOS BANQUEROS NORTEAMERICANOS

En La Caleta donde estoy alojado, los españoles formamos una minoría exigua: un joven matrimonio de Santander, un aristócrata que viene a hacer una cura de reposo con su familia y yo.. Sin embargo, el hotel está lleno.

A la hora del desayuno, las terrazas del hotel, que semejan las cubiertas de un trasatlántico, se van poblando de ingleses. Hay un grupo, sin embargo, donde el idioma tiene una entonación más ruda y más abierta. Son los caballeros norteamericanos. A uno de ellos, banquero en Chicago, le sirven, al mismo tiempo que el desayuno, un abultado montón de telegramas. Va desp'egando pausadamente las hojas azules. Limpia los cristales de las gafas. Lee. Se enfrasca en una larga discusión con uno de sus compañeros, un hércules de rostro abultado. Y luego, sobre un bloque de formularios telegráficos, escribe uno, dos, veinte despachos. Los entrega al camarero. Y termina su desayuno tranqui-

lamente. Los negocios le han robado la primera hora del día; pero ya está libre. Esa correspondencia cablegráfica, despachada con sus agentes de Chicago, o de San Francisco, o de Broadway, es todo lo que le une con el mundo enojoso y agitado de su negocio. Ahora es libre. Se repantiga en su butaca, enciende su pipa y cierra los ojos... Es fácil hacerse la ilusión de que estamos en un barco parado, porque desde nuestros asientos no vemos los diez metros de tierra que nos separan del mar. Un mar dulce y llano, en el que el sol se refleja como en un lago que no tuviera orillas.

SINFONIA EN «SOL» MAYOR

Esta mañana, desde muy temprano, estaba yo acodado a la barandilla del «entrepunte», que está situado encima del bar. Todavía el faro lanzaba su haz circular que iba tomando esa palidez trasnochada y ridícula de las luces del alumbrado público que se han dejado inadvertidamente encendidas después de abierta la puerta de la mañana.

La claridad iba inundando'o todo, mientras los pájaros, despertados con sobresalto, cantaban desesperadamente en el jardín vecino. De repente, la inmensa lámina de plata pareció encenderse y yo sentí sobre la cabeza y sobre los hombros el golpe de una ducha caliente de luz. El sol había sacado por completo su hermosa y ancha faz sobre la ciudad y sobre el mar y sobre mí. No me atreví a volverme para mirarle y permanecí agarrado a la barandilla, aturdido por su explosión, hipnotizado por la reverberación cambiante del mar. El aroma salobre que traía el más suave y delicado de los vientos se mezclaba con los mil perfumes de los jardines próximos, y en las escuelas de canto de los árboles, los aprendices de pájaro ensayaban los trinos más variados, bajo la dirección de los viejos maestros.

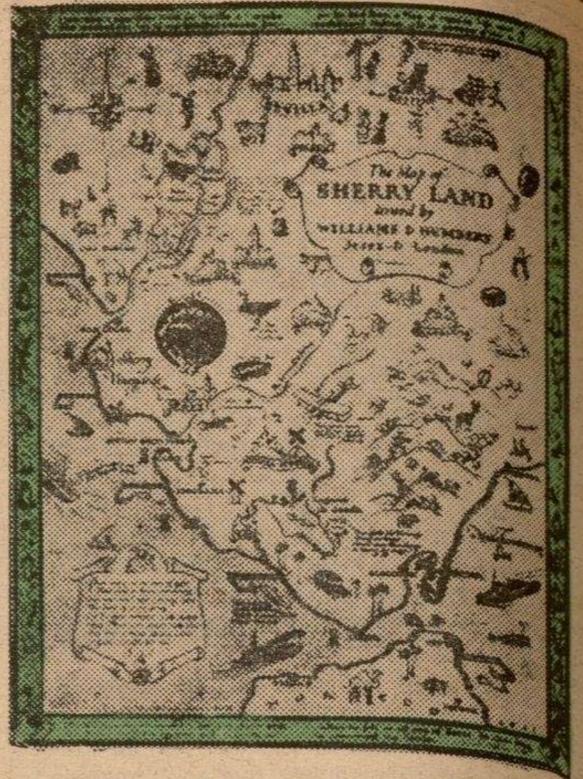
A mi espalda oí un profundo suspiro.

Miss Burggle yacía sobre una silla articulada, de lona, horizontal como un lecho. Había dejado caer una novela inglesa, con portada de colores chillones, y había cerrado los ojos. Tenía el rostro arrojado bajo la caricia violenta del sol y todo su ser parecía gozar, en una emoción quieta—apenas denunciada por el acompasado aleteo de su nariz—, de la delicia incomparable del momento.

LA INGLESA DE TRIANA

Es muy bella miss Burggel. Alta y bien plantada, de una armoniosa fortaleza, tiene el aire viril y decidido de las deportistas. Pero no realiza el tipo *standard* de la *girl* que los *magazines* y el cinematógrafo han divulgado. Tiene una elegancia demasiado natural y demasiado propia. Y una mirada de inocente altivez que revela su capacidad para las reacciones sentimentales.

—Es de una gran familia de Southampton—me explica el director del hotel—. Ya hace tres años



Un humorístico mapa de «la Tierra del Jerez», realizado por un artista inglés.

que viene aquí. Siempre viaja sola. Desembarca en Gibraltar; trae su automóvil. En él recorre Andalucía. Pero aquí, en Málaga, permanece cuatro o cinco meses seguidos. Habla ya muy bien el español.

En efecto, cuando me la presenta, compruebo que habla el español... con el más delicioso acento andaluz que escucharon mis oídos.

—¿De dónde es usted, Miss Burggle?

—¿Yo? ¡De Triana! ¿Es que no se me nota?

—Seamos serios, señorita. Por qué viene usted a Andalucía?

—Porque es mi tierra. ¡Digo!

CONSIDERACIONES DE ECONOMIA

Me he hecho muy amigo de Mr. Geo J. N. Rogers, oficial retirado de la India, «de Leopoldo II». Es un viejecito muy simpático, colorado y fuerte, que me mira maliciosamente a través de sus lentes montados en oro y que se ríe siempre con el menor pretexto.

De nuestra conversación podría entresacarse uno de esos testimonios de agradecimiento que sirven de *réclame* en los anuncios periodísticos de algunos específicos.

—He perdido mucho tiempo en manos de los médicos para curar mi asma, sin resultado alguno. Hasta que «descubrí» Málaga. Aquí paso y pasaré mientras viva, seis o siete meses al año; nunca he



La partida de «bridge», deporte de mesa, fuente de emociones..

estado tan sano ni he sido tan feliz. Puede usted creer que cuando estoy en Londres estoy contento, sólo porque pienso que voy a volver aquí.

Luego me explica sus preferencias por Málaga sobre las demás estaciones invernales de Europa, la Costa Azul e Italia, incluidos.

—Aquí hay mejor clima y más tranquilidad. Además, los españoles son más amables y más acogedores. ¿Usted sabe con qué franca alegría me recibió el viejo jardinero la otra mañana? «Ya estaba yo pensando: a vé si no va a venir este año el año. Pero ya está osté aquí. Ni poco que me alegró».

—Yo quisiera que sus juicios fueran menos parciales, mister Rogers, que hiciera usted alguna crítica.

—¡Ah! Sí, claro... Pues verá usted; las calles de la ciudad deberían estar más limpias. Y luego los urinarios... ¿Por qué no son subterráneos los urinarios? ¿Usted no comprende que esos urinarios al nivel de la calle «no puede ser»?

—Shocking, ¿no?

—¿Por qué shocking, si ustedes tienen una palabra magnífica para expresarlo?: indecente.

Peor como si se hubiera arrepentido de aquellas leves críticas, vuelve en seguida a entonar alabanzas:

—Además, en la Costa Azul y por ahí, no piensan más que en robarle a uno. Y aquí todo está muy barato. La comida es muy buena y muy sana. En un gran hotel como éste, se vive espléndidamente por un precio relativamente módico. Y luego hay otros hoteles más baratos y pensiones aquí mismo en La Caleta, con vistas al mar. Pues ¿y el cine? Por cincuenta céntimos tiene usted, en unas salas lujosas, espectáculos que en Inglaterra no pagaría con menos de cinco chelines.

Sin duda, estas consideraciones de economía pesan también en el ánimo de esta numerosa colonia extranjera que llena los hoteles y pensiones de Málaga y de los barrios próximos en una temporada que se inicia en octubre y se prolonga hasta muy avanzado el verano.

CURA DE VEJEZ

En la quietud de las terrazas, en las largas horas en que todo el mundo reposa, atento sólo a disfrutar del sol inverosímil de invierno que nos baña generoso, no hay más que un ser que no permanece parado un segundo. La llaman miss Rita. En las brumas de Londres sería una de esas viejas solteronas, malhumoradas, agrias y ásperas.

Aquí se esponja, se anima y se transforma. L'eva el cabello teñido de un color que, no pudiendo ser rubio, se ha hecho casi rojo. Revolotea como un pajarillo. Lee un momento. Charla con todo el mundo, mezclando en su inglés correcto palabras de francés y de español. Parece que de un momento a otro va a echarse a volar, desplegando las alas del quimono rameado en verde y rojo, que viste por la mañana con fantasía oriental...

Es quizá esta alma la más sensible a las influencias exteriores. Su alegría y su locuacidad serían la envidia de los millares de solteronas viejas y tristes, que ignoran estas otras virtudes terapéuticas del sol de España: la cura de años.

EL BAÑO DE INVIERNO

Militares retirados, abogados, médicos, pastores rentistas, hombres de negocios en vacación, comerciantes enriquecidos, forman esta colonia numerosísima de invernantes. Existe para ellos una serie de hoteles y de pensiones que se han britanizado en el confort y en el servicio, sin perder su fisonomía española. Pero hay una gran cantidad de británicos que han afincado definitivamente en estas tierras. Viven en chalets lujosos en La Caleta, en El Pa'ó, en Torremolinos, en Churriana...

No es de ahora esta fusión de dos razas que parecen tan antagónicas. En Málaga, como en Sevilla, como en Jerez, se da ese tipo extraordinario de andaluz, alto, rubio, de ojos azules, que tiene una rama de su genealogía entroncada en el árbol del Imperio Británico.

En compañía de uno de estos andaluces-ingleses que ha terminado sus estudios en Cambridge, he hecho en esta mañana de fines de noviembre mi pequeño viaje a Torremolinos.

MI guía me va mostrando el crecimiento pro-



Una inglesa en busca de lo que no tiene en su tierra: el sol.

digioso del pueblo, que se desliza suavemente hacia unas p'ayas color canela.

—Este es el hotel de Sir Peter Chalmers Mitchell, ex director del Parque Zoológico de Londres. Aquél, el del capitán Jamienson. Aquí está la residencia de Mr. Homs, un norteamericano a quien todo el mundo conoce en Málaga por «Don Pablo», y es, en efecto, un «Don Pablo», más español y más malagueño que si fuera nativo.

Hay en Torremolinos además unas pensiones de un carácter extraordinario, por su arquitectura y por su amueblado, de un estilo meridional español muy brillante y muy puro.

—En aquel parador, que es un antiguo cortijo—me dice mi amable guía—, han pasado su luna de miel los duques de Roxburghe, emparentado con los reyes de Inglaterra.

—En Churriana—sigue—está La Cónsula, una finca hermosa de ir Heber Baker, famoso bonesetter.

—¿.....?

—Sí; «arreglador de huesos». ¿Usted no sabe que esta finca de La Cónsula estuvo dispuesto para recibir a His Majesty Jorge V, en 1928? Sí; los médicos del rey de Inglaterra, cuando se trató de elegir el sitio donde debía pasar la convalescencia de la grave enfermedad que sufrió el soberano en aquel otoño, decidieron que viniera a Churriana. Después el rey Jorge acordó no salir de su país; pero no por eso quedó menos patente el reconocimiento de que en estas costas se disfruta el mejor clima de Europa.

—¿Habrán datos de eso?

—Sí, señor. Aquí los tengo.

Y me muestra unos cuadros comparativos establecidos oficialmente, de los que se deduce que la temperatura media en Málaga en invierno es de 12,7 grados, mientras que la de otras reputadas estaciones invernales es la siguiente: Acireale (Sicilia), 11,5 grados; Arcachón, 8; Biarritz, 8,1; Cannes, 9,8; Corfú, 10,7; Pau, 5,8; Niza, 7,8; El Cairo, 12,7; Mónaco, 9,9. Estamos a fines de noviembre y en las playitas de Torremolinos hay muchos bañistas que han bajado de sus villas y de los paradores, metidos en sus albornoces, y que ahora llevan, las damas, unos tenues «maillots», y los caballeros unos «slips» minúsculos. No hay en el cielo ni una nubecilla. El sol rebota en el mar y el blanco purísimo del caserío, hiriéndonos los ojos...

DIVERSIONES

Se ha creado un «golf» en Málaga. Un «golf» que todavía no tiene más que nueve agujeros, pero que

pronto tendrá los diez y ocho, y un gran «chalet» y unos baños particulares. Parece que los ingleses no pueden vivir sin «golf». Y todos los que pasan por Málaga se muestran muy alegres de poder invertir largas horas caminando detrás de la bolita impulsada a estacazos.

—Ha sido un acierto la creación del «golf»—me dice mi guía—. ¿Usted no conoce la definición del «golf» de D. R. Forgan? «Golf» es una ciencia; es el estudio de toda una vida en el cual se podrá agotar uno mismo, pero nunca el tema. Es una lucha, una lid, un torneo que requiere y exige valor, habilidad y self-control. Pone a prueba el temple, enjuicia el honor y revela el carácter. Ofrece la oportunidad al jugador de demostrar su habilidad y al hombre su caballerosidad. Nos llama al divino aire libre, etc.».

o o o

En el British Club—cien socios permanentes y una infinidad de visiting members—se habla de todo, menos de política y religión; pero, sobre todo se lee y se juega al «bridge».

Puede decirse que todo el club es biblioteca y salón de lectura. Las paredes todas están cubiertas de plúteos, y las butacas que no están ocupadas por los jugadores de «bridge» lo están por los lectores silenciosos e infatigables.

Hay un club de «tennis» muy importante, que los ingleses frecuentan. Y «badminton» y «volleyball» en los jardines y en las terrazas de los hoteles. Y «ping-pong» bajo techado.

Pero me parece que los ingleses que vienen a tomarse descanso de seis o siete meses, después del sol, lo que más aman es el «bridge». Las partidas son interminables y, a través de su impasibilidad se nota que aquellos caballeros y aquellas damas experimentan una indecible emoción al encontrarse ante las trece cartas misteriosas.

DE ETIQUETA EN UN «CONCERT» DE PUERTO

Todas las cenas de los hoteles ingleses son de etiqueta.

Las damas bajan al comedor con sus magníficos trajes de noche, y los caballeros de «smoking».

Esta noche, después de la cena, me he dejado conducir por Mr. W. K. Wilson al único cabaret local: Chinitas.

Mister W. K. Wilson es un asmático joven y filósofo, que ha combinado en su plan curativo, con el sol y el clima, un copioso consumo de los caldos del país. El cabaret Chinitas sirve un espectáculo muy conocido de los frecuentadores de esta clase de establecimientos españoles. En el escenario, las



El hombre de Neanderthal restaurado por un escultor alemán a base de los fósiles encontrados en Aquisgrán (Francia). El profesor Hooton de Harvard University que critica la igualdad de imbeciles e inteligentes y cree que la humanidad marcha a una catástrofe contraevolucionista.

ANTROPOLOGOS DE RENOMBRE CREEN QUE HA LLEGADO EL SUBHOMBRE, Y LA HUMANIDAD ESTA ENTRANDO A UN PERIODO DE EVOLUCION AL REVES, CAMINO DE LA BESTIALIDAD

EL día 21 de este mes, cuando el presidente Roosevelt atacaba en el Congreso a la ideología materialista de nuestra época, el Dr. Ernesto Hooton desde la Universidad de Harvard, se lamentaba ante los periodistas de los «avances» erróneos de la presente civilización, cuyas conquistas llevarán al hombre a la ruina. Roosevelt invocaba la decadencia de la Fe religiosa; Hooton mostraba los trastornos antropológicos que sufre el hombre actual, como consecuencia de su evolución.

UNA HUMANIDAD DE IMBECILES

«La guerra presente, dijo el antropólogo, está destruyendo con bombas y armas los fundamentos biológicos de la raza humana de la cual, en breve plazo, sólo quedará un hombre insano y deforme desde el punto de vista físico, que dará lugar a una raza de imbeciles...»

El doctor Hooton es uno de los más famosos antropólogos americanos; su grito de angustia es que estamos ya en presencia del «sub-hombre». Su cátedra en Harvard y su libro publicado el año pasado con el título de «Monos, Hombres y Cretinos» le ha convertido en autoridad en estas materias. Sostiene la teoría de que el hombre actual es un producto mediocre del dominio de la mecá-

nica y de la técnica, del cual no surgirá nada bueno para el futuro de la raza humana. La tesis del joven colega de Harvard plantea la incógnita que antropólogos y biólogos tienden a contestar con una afirmación pesimista: «A medida que la civilización avanza, el hombre se hace más cruel, pierde sus instintos caballerescos y tiende a la criminalidad...» Además, la organización social de la guerra lleva a los campos de batalla a los hombres con organismos más perfectos, que sucumben bajo las armas y dejan su lugar a los débiles que se han quedado fuera del conflicto, los cuales engendrarán una descendencia de degenerados...

LA GUERRA CABALLERESCA SOLO SUBSISTE ENTRE LOS SALVAJES

La caballerosidad de la guerra primitiva nos la ha presentado en sus estudios de antropología social Leigh V. Vial como existente hoy día entre razas elementales. En la revista «Asia» del pasado mes de julio, este autor publicó un artículo que describe un pueblo de la Nueva Guinea que aun vive en la edad de piedra, con los instrumentos e «industrias» propios de los hombres paleolíticos que habitaron el planeta hace unos 30.000 años. Estos «caballeros del pedernal» son los Kaman que forman varias tribus aisladas por una orografía

«artistas» cantan obscenidades, mientras se despojan hasta un grado inverosímil de los de suyo esquemáticos vestidos. Un bajo pueblo—marineros, obrerillos, grullas—sigue aquellas evoluciones observando una elogiada circunspección.

En los palcos hay, en cambio, un concurso elegante, formado por señoras con trajes de noche y caballeros vestidos de negro, como si en lugar de encontrarse en un tugurio hubieran acudido a un baile de corte.

—Shocking!—me he creído en el caso de decir—¿Cómo vienen ustedes aquí?
—Nada de shocking... —me ha respondido mi

alegre amigo. —Observe usted que casi todas esas muchachas son bellísimas y tienen unos cuerpos de líneas puras. Nadie se escandaliza. Y puede usted ver que nuestras damas asisten muy complacidas al espectáculo. Y como no entienden las atrocidades que dicen las muchachas...

Avanzada la noche, Mister W. K. Wilson me ha confesado que estaba a punto de enamorarse de una bailarina andaluza. Tenía una gran prisa en curarse su asma, sin duda, porque las botellas de amontillado se vaciaban con excesiva rapidez.

—Ya sé cantar malagueñas—me dijo con los ojos húmedos—. Pero tengo que cantarlas en inglés. Había encontrado, en efecto, una traducción de

estructurada por altas montañas y valles que forman una prisión natural. Fueron descubiertos por los hombres «civilizados» en el año 1933 y su número alcanza a unos 200.000.

Según Vial, lo prehistórico de estas gentes nota por los métodos usados en la agricultura, el arte decorativo y por la perfección de los instrumentos de piedras. Viven en varias tribus entre ellas se promueve la guerra «por placer» igual que entre los caballeros de la Edad Media. Como gente que viven en continua falta de contacto humano, surgen los «rozamientos». Sobre estos hay que añadir las constantes variaciones de hambre y abundancia, las cuales, originan un estado de «incertidumbre» y muy fácil para «caer en guerra». Existe entre estas tribus una «estación de guerra» que se inicia después de las faenas agrícolas. Nacen las peleas tribales, primero que lanza un mensajero a voz en grito con el fin de sus enemigos. Estos oven los «epitetos» y se reúnen a un cónclave del que surge la contestación del reto.

Los insultos más tarde se traducen en una acción provocativa que en la mayoría de los casos consiste en robar «objetos de relativo valor», como por ejemplo un cerdo o una mujer. Al día siguiente se enfrentan los enemigos. Unos usan mazas, otros hachas de piedra, el resto flechas y arcos. La pelea se ciñe a un código de normas hasta el extremo de que al caído por una herida le dan cierto tiempo para que se prepare antes de recibir un hachazo que le divide el cráneo. Mujeres y ancianos, contemplan la batalla desde los montículos vecinos y los débiles son respetados con una caballerosidad que haría honor a Alonso de Quijano. Las peleas duran varios días y al acabar cada escaramuza, los combatientes se avisan y se inicia un descanso que luego es interrumpido por otra advertencia hecha en forma noble.

HOOTON, COMO CARREL, SEÑALA EL PELIGRO DE LA «CONTRAEVOLUCION»

¿Son los síntomas de la degeneración de la raza humana consecuencia de la decadencia de la cultura? Para el citado profesor Hooton es a la inversa o sea que nuestro declive tiene por causa una degeneración de la parte física del hombre. En su último libro, aparecido en la segunda semana de septiembre y cuyo título es «El Origen del Hombre», en Antropólogo da un grito de alarma ante las funestas consecuencias que acarrea la «anatomía y fisiologías deficientes»... anomalías inseparables de la estupidez, analfabetismo y un «comportamiento» antisocial. Para Hooton, no es sólo la guerra actual la que destruirá a los humanos, sino la civilización por él creada que se ha metido dentro del camino de una evolución a la inversa: La «contraevolución».

El joven maestro de Harvard, después de medir, pesar y calcular miles de huesos y cientos de esqueletos, llega a unas conclusiones sarcásticas respecto a nuestro futuro. En las páginas de su obra resaltan los siguientes: «El milenio de los imbeciles ha llegado... pero ni siquiera estos estúpidos lo disfrutaban...» «El amor de la madre hacia su hijo, ha desaparecido...» «A medida que la educación de la mujer se ha ensanchado sus necesidades se han estrechado...» «El hombre pretende haber sufrido del mono en virtud de una evolución perfecta, consecuencia de un trabajo de bi-

unas coplas de «Paco de Córdoba» y me las dijo a media voz, con un estilo bastante fino:

One day for love of you
I thought to kill myself
Then changed my mind
Your love-s not worth the pain
And Suffering to my mother.

My mother always said
Your love was false
That soon you would forget me
Alas! I did not heed her
And thes has been my bane.

logo-ingeniero; el peligro es que, ahora puede caminar a la inversa y que los ingenieros nos conviertan en monos...

Al comentar el aumento y dominio de los seres imperfectos en la sociedad, Hooton critica esa «estructura» social que rige a la mayoría de los pueblos y que da a la oportunidad de co'ocar en un mismo nivel político a los idiotas que a los hombres inteligentes. Nos parece que es una crítica de la organización democrática parecida a la que lan- carrel en su libro publicado hace tres años con el nombre «Man, the Unknown».

¿VOLVEREMOS A LA ANTROPOLOGIA?

A medida que el hombre sigue adelante con su evolución, o «contraevolución» los métodos que usamos para acabar con sus enemigos serán de una crueldad exagerada, hasta llegar a donde estaba el hombre de hace un millón de años. El doctor Harry Shapiro, director de Antropología Física del Museo de Historia Natural de Nueva York, ha definido la morfología del hombre del futuro (Congreso de la American Philosophical Society 1934) una caricatura de lo que fué nuestro lejano antecesor el «hombre primogenius»... Aquel guerrero que vivió hace unos 500.000 años nos ha dejado como recuerdo de sus huesos al «hombre de Java», semi-mono que apenas caminaba erecto, con la cara en conjunto avanzando en atrevida prognación, mientras su cráneo (con una capacidad casi la mitad del nuestro) se dirige hacia atrás como si fuera una parte del cuerpo insignificante. Los arcos encima de los ojos muy pronunciados; la nariz ancha; el maxilar inferior fuerte y saliente; lóbulos del cerebro desarrollados en la parte lateral y en su parte posterior, lugares donde radican los centros de la «músculatura». Este ciudadano mataba a sus enemigos y se les comía. Era una antropofagia sincera de la que hablan los fósiles encontrados en China como los del «Sinantropus Pekinensis». Un día de 1927 el doctor Walter Granger, encontró en una cueva del Norte de Pekin fragmentos de osamentas que fueron contemporáneas a ese hombre de Java de caminar «casi erecto». El doctor Weindereich, al reconstruir estas reliquias, vió que dentro de aquel hogar primitivo existían pedazos de fémures, tibias y húmeros «fracturados» de forma tal, que demostraron que aquellos individuos mataban a sus congéneres para comérselos. Luego surgió el «hombre de Neanthertal» más humano porque entre sus fósiles no hay vestigios de antropofagia. Le sucedió el «hombre de Crogmagnon», artista decorador de cuevas y sibarita que sabía alimentarse con un menú a base de carne de Reno y mariscos de los mares fríos de la última Glaciación. Se han sucedido los siglos, hasta llegar al hombre actual que satiriza Hooton y que según Shapiro, tendrá en fecha no lejana las siguientes características: Cráneo redondo y de una capacidad de 1.750 centímetros cúbicos (actualmente el promedio son 1.200); desaparición de los arcos que tenemos sobre los ojos; desarrollo de una prominencia en la frente (exceso del lóbulo frontal del cerebro); ausencia completa del pelo en la cabeza y todo el cuerpo; desaparición de las uñas; ausencia del último dedo del pie. Los dientes del «homo» de mañana, se reducirán en número, no aparecerán ni la muela del juicio, ni los «caninos». Los incisivos se unirán a los molares formando una cadena de piezas rudimentarias, con la «corona del diente» completamente redonda, diferente a la corona cuadrangular de los hombres primitivos... Y es lógico suponer que si la crueldad de la guerra aumenta, este hombre quizá finalice otra vez en una especie de antropofagia que no tendrá la forma de aquel «homo primogenius», pero que acabará con sus congéneres de la raza humana.

EL MEJORAMIENTO DE LA ESPECIE HUMANA ANTES QUE LAS INSTITUCIONES

Hooton en su «Apes, Men and Morons» nos habla como causa primordial de estas anomalías antropológicas la ausencia de una «Tierra de Promisión» entre la humanidad actual. En tiempos remotos la Humanidad siempre ha tenido como Faro un lugar al que soñaba llegar como premio de sus luchas. Hoy carecemos de este premio y en ausencia de tal factor, la «herencia» y el «medio»

El Cementerio...

Chiens». La iniciativa de crear un cementerio público para perros se debe a Margarita Durand y a Jorge Harmois, espíritus de selección, que en 1899 obtuvieron la autorización para tan noble empresa.

En Asnieres se encuentra, pues, el cementerio oficial de los perros de París, aunque extraoficialmente parece que hubo otro en los Campos Eliseos hace ya una buena montonera de años, si hemos de dar crédito a la cita que de él hace Axel Munthe en su popularizada y exquisita obra «El Libro de San Miguel».

Pero existiera o no el prolegómeno a que se refiere Axel Munthe, lo cierto es que hace ahora justamente cuarenta años que el Cementerio Canino de Asnieres es una célebre realidad. Desde su fundación la simpatía francesa favoreció la iniciativa, a tal extremo que hoy encuentran allí su última morada más de cincuenta mil animales. A esta demostración sentimental se une un gran paso de avance en beneficio de la higiene pública.

Cuando se franquea la entrada del Cementerio el espectáculo que se ofrece a la vista tiene la doble belleza del romanticismo sentimental que entraña la idea materializada, y de la hermosura con que está todo dispuesto. Largas callecitas pavimentadas conducen a las tumbas que las bordean a derecha e izquierda, creciendo entre éstas bien podados arbustos que fijan pinceladas de vida en la fría continuidad de las losas alineadas. El perímetro del Cementerio está circundado por grandes árboles de follaje espeso, que imponen solemnemente calma al ambiente. Puede decirse del Cementerio Canino que es un jardín en que florece la quietud inefable de la muerte.

¡Cuánta tumba, cuánta emoción, cuánta ternura en los epitafios! Las bóvedas son de clase diferente, desde la simple de madera de pino hasta los suntuosos monumentos de mármol. Las más modestas tienen sólo una placa de madera con el nombre del animal y los años en que vivió. Otras, bajo un cristal, muestran la fotografía del perro o retratos hechos al creyón y al pastel. Sacamos de nuestro archivo el texto de algunas inscripciones que reproducimos ahora.

En una tumba, cubierta de pensamientos: «A nuestro buen Jimmy, 4 de agosto de 1927». En otra, a una perrita lanuda: «Croquete: Ella era buena y soberanamente inteligente». A una víctima de la invasión alemana: «A nuestro querido bueno y fiel Drapeau, compañero de guerra, 2 de agosto de 1915». He aquí un epitafio que no parece para la tumba de un perro: «Dora, mi querida, tú tan buena, tú tan bella, la sola compañera de mis días de soledad. Yo te lloro».

Hay muchas inscripciones en inglés, alemán, árabe, italiano y algunas en español, como la siguiente: «Chispita, 1917-1918. Te recordamos con gran cariño. Lola y Alberto».

Hay epitafios en verso y hasta en música, como el de «Fa Sol», perro que fuera de Maton, el genial acompañante de la Pati, que sobre el már-

duccion de un tipo de hombre degenerado... «Me en el que nos desenvolvemos, favorecen a la pro-joremos la especie humana—dice este autor—en vez de dedicarnos a mejorar las instituciones sociales en donde vivimos. El método es un tratamiento biológico de los hombres, separando a la ciencia del exhibicionismo y de la investigación mercenaria que hoy la atacan...»

Sobre estos comentarios plantamos como capitel, las ideas apocalípticas del Decano de los Antropólogos, el doctor Franz Boas (Papa Boas en el Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia), el cual considera la marcha humana dentro del camino de la degeneración; marcha macabra que según este autor, está influenciada por la herencia pero sobre todo por el «medio» en que vivimos.

El «Twilight of Man» de Hooton encierra como conclusión un desprecio por el hombre moderno y anota como única diferencia entre un «salvaje» y un civilizado cierto factor que le define de esta manera: «El primero es un caballero holgazán y el segundo un despreciable obrero manual...»

mol de la tumba hizo grabar las dos notas del pentagrama que formaban el nombre de su can.

Existe un bello monumento construido por «los amigos del Cementerio» donde reposan los perros de la Prefectura de Policía, muertos en servicio: Leo, Papillon, Tuc, Dora, Trop... tienen cinceladas sus valerosas actividades.

El más interesante y conmovedor de todos los monumentos se ha situado a la entrada del Cementerio, grandioso y solemne. Está dedicado a «Barry», magnífico ejemplar de San Bernardo, perpetuado en tamaño natural, en la falda de la montaña en que realizó sus hazañas y perdió la vida. El can aparece llevando sobre su lomo el cuerpo aterido de una niñita, y al fondo del grupo escultórico se alza, en la cima de la montaña, el convento de religiosos a que perteneció «Barry». El pedestal de la sepultura está adornado con esta simple, pero elocuente inscripción: «Barry. Salvó la vida a 40 personas... Fué muerto por la 41».

Este noble animal era propiedad de un convento de religiosos del Monte San Bernardo. Durante las terribles tempestades de nieve que azotan aquel paraje, salía en busca de viajeros extraviados conduciéndolos al convento. Su más interesante salvamento fué el de la niñita que transportó sobre su lomo felpudo tal como aparece representado en el monumento. Había ayudado a escapar con vida a cuarenta personas. Fué muerto por la cuarenta y una, como reza la inscripción de su pedestal. Un viajero perdido, agotado de fatiga entre los hielos, durante fuerte tormenta, vió aparecer a «Barry» en medio de la noche. Lleno de terror ante aquel perro enorme cubierto de nieve, creyó que se trataba de una fiera y disparó sobre él su revólver. «Barry», mal herido, tuvo fuerzas para arrastrarse hasta el convento. Los religiosos, a la mañana del otro día, siguiendo el rastro de sangre dejado por el can llegaron hasta el extenuado viajero salvándole la vida. «Barry» no pudo sobrevivir al accidente y perdió aquella existencia que tan útil había sido a la humanidad. Hoy, su recuerdo es dignamente venerado en el Cementerio Canino de Asnieres.

Entre las miles de tumbas de perros, las hay también de otros animales domésticos, principalmente gatos y algunos canarios. Dos felinos de Angora, con sus retratos en esmalte, tienen esta inscripción: «A nuestros dos buenos pequeños Lisette y Rosette. Vuestro recuerdo no se borrará sino con nosotros». Colocada sobre la lápida de un canario está la jaula dorada que en vida escuchó sus canciones.

Hay algunas tumbas de perros artistas. «A Prince de Wales, llamado Poulot Ridot, que apareció 406 veces en el escenario del Teatro Gimnase en «Mlle. Josette, ma femme», murió a los 16 años en 1915». También otro can de la farándula: «A nuestra pequeña y bonita Cécile. Pequeña de estatura, pero grande artista. Recuerdo inolvidable de su amo y de su amita».

Cerca de la entrada está enterrado «Poilu», que fuera protagonista de la célebre obra de Clément Vautel «Mon Curé chez les riches». Su tumba está próxima a la del perro de Henri Bataille.

Muchas celebridades han hecho enterrar sus perros o tienen terrenos comprados. Se hallan tumbas de Paul Adams, Emile Faguet, Sacha Guitry, León Daudet, Edmond Rostand, Pierre de Courcelles, del maestro Saint-Saens, del conocido pianista Diemens, de los pintores Abel Fivree, La Gandara y Madrazzo, de las bailarinas Lobstein y Sandrini, de la famosa Cléo de Merode, etc. etc. Los aristócratas también han concurrido al Cementerio para enterrar a sus perros. Entre otras, anotamos las de un Gran Duque de Rusia, de una Princesa de Cobourg, de otra de Bélgica, de una infanta de España y de la Princesa Lobanoff, esposa morganática del Zar.

Muy interesante es la visita al Cementerio de los Perros. En las diversas ocasiones que he estado en él, lo he visto siempre colmado de personas que en piadosa peregrinación, van a visitar a sus inolvidables animales, llevándoles flores y arreglándoles sus tumbas. La nota que predomina en esta pública demostración de afecto, es la sinceridad. La tristeza reflejada en un rostro y la

NOTAS DIVERSAS

NOMBRE

David Cecil fué a Alemania a aprender el idioma y contrató a una agradable «fraulein» para que le diera clases diarias. Habiendo faltado a varias de ellas, Cecil se creyó obligado a escribir a su amable profesora diciéndole que había estado una semana en cama con «grippe». Y respondió la «fraulein»: «Había oído muchos nombres raros de mujer, pero jamás éste. Seguramente «Grippe» debe ser extranjera».—(Liliput).

o o o

PREVISION

Debe haber muchos tuertos aficionados a la bebida si se juzga por un anuncio reciente de unos fabricantes de ojos artificiales que dice de unos nuevos juegos de a tres ojos que han sido lanzados al mercado. Uno para el día, otro para la noche y un tercero con tintes sanguinolentos para hacer pareja al ojo bueno en «esa mañana después de la noche anterior».—(Comentator).

o o o

MENTES

Dos profesionales en eso de leer el pensamiento se encuentran en la calle. Y dice uno de ellos: «Mucho más canalla es usted».—(London Opinion).

o o o



EL HUMOR INGLES Y LA GUERRA
..Uno de los naufragos del buque torpedeado.—Te apuesto 100 libras a que te ahogas antes que yo.—

o o o

CONYUGAL

El primer mes besa él y besa ella. A los tres años bosteza él y bosteza ella.—(Ric et Rac)

lágrima que resbala lentamente por una mejilla, son sinceras. Allí todo es ajeno a cuanto en la vida pone una máscara hipócrita de dolor para cubrir egoístas sentimientos inconfesables. En el cementerio de los perros no brilla el relumbrón que se observa en el de los hombres, en el que, generalmente, la farsa continúa después de la muerte. Se halla a la dueña inconsolable, sin cortejo, sola con su pena, llorando a su perrito. No hay la caravana de los parientes flácidos escoltados por amigos dudosos, enterrando al desdichado que les



DECONFIANZA Y SUSCEPTIBILIDAD

—Le presto la novia para que baile y ¿ahora le guiña el ojo?
—Ni siquiera he reparado en ella!
—¡Miserable ratón! ¿Ahora se permite insultarla?—(Regards, París)

o o o

o o o

DON DINERO

Si usted no gasta dinero es un avaro. Si no trabaja por él es un ho'gazán. Si lo gana con facilidad es un estafador. Si no lo gana es un imbécil.—(Tit Bits).

o o o

En el Infierno

—Bueno, don José, aquí me tiene usted.
—Como usted, ¿pero me va a perseguir también aquí con su martingala del seguro de vida?
—No, señor, simplemente he venido a esta cita con usted en el sitio a donde usted me dijo que fuera la última vez que le hablé.—(Ahora)

o o o

MUY BREVES

Un amigo hablador hace más daño que un enemigo callado.

o o o

El hombre no está nunca tranquilo en una posición hasta que ocupa una en el cementerio.

o o o

Hay gente tan gentil que son capaces de compartir con uno nuestro último peso.

o o o

Un mal traje no hace malo a un hombre pero puede hacerlo sentirse malo.

o o o

No ganamos el cielo con el epitafio que se escribe sobre nuestra tumba.

o o o

Todo llega al que espera, incluso la mala suerte.

o o o

Todas las mujeres creen que su marido es el hombre más inteligente del mundo, el día que las conduce al altar.

o o o

Hay hombres que emplean la mitad de su tiempo haciendo promesas y la otra mitad excusas.

o o o

La pobreza previene la gota mejor que todos los médicos.

o o o

Cuando un hombre expresa su desprecio por el dinero es porque tiene mucho más del que necesita.

o o o

Nada verdaderamente grande puede hacerse sin entusiasmo.

o o o



HISTORIA DE LOCOS

—Condúzcame a la Estación, pero en marcha atrás: quiero tomar el tren de ayer.—(Marianne Paris).

o o o

GATUNAS

—Si yo fuera Elena le pondría veneno en la comida al marido.

—Y si yo fuera el marido de Elena me tomaría el veneno.—(Berliner Zeitung)

o o o

HISTORIA BREVE

—Dejé de verlo una semana, salí con otro caso.—(Judge)

deja sus rebosantes talegas. No es tampoco el espectáculo de la viuda acongojada que, con parte del dinero dejado por el marido muerto, hace construir soberbia capilla que provoca los comentarios de la crónica mundana, mientras meses más tarde ahoga su dolor en el nudo de otro nuevo matrimonio.

No, esos espectáculos tristes no se observan en el Cementerio de los Perros, una de las más bellas cristalizaciones de la sinceridad. Por eso, turista

curioso, cuando el fin de esta extraña guerra que todos contemplamos te permita visitar París, no dejes de ir al Puente de Clichy, sobre el Sena, a la entrada del pueblecito de Asnieres, y dedicar uno de los largos crepúsculos parisinos a pasear por las alamedas del Cementerio Canino. Allí hallarás un remanso donde la muerte, aunque parezca paradójico, abre nuevas ilusiones a la vida...

Octubre, 1939.

Historia secreta...

ciencia mundial. Es un gran corazón. Un momento.

sola palabra «guerra» le encoleriza. Porque significa un desafío a los principios más fundamentales de la humanidad y justicia, porque es supervivencia del pasado bárbaro.

Juan Jaurés grita con toda la fuerza de sus pulmones, apela a la conciencia de la Humanidad, excita a las masas a protestar. Habla en clubs obreros, en reuniones, en mítines. A su vez se halla, en la tribuna, el socialista belga Vanderveelde, también horrorizado por la perspectiva de una matanza. También él conjura a las masas que se opongan con toda la energía a todos los medios contra este crimen de los diplomáticos. Desde Londres llega Hennessy y también aparece en la tribuna, al lado de un francés bárbaro, apenas comensible, pero sus gestos y su mímica tienen una expresión, y las masas entienden lo que quiere decir.

El día 29 de julio, cuando la situación se agrava en la gran sala de Trocadero, en el barrio aristocrático de París, Juan Jaurés aparece en un momento acompañado del socialista alemán Felipe Schidemann.

cuando Schidemann declara desde la tribuna al partido socialista alemán está decidido a hacerse energicamente a las aventuras bélicas, sus palabras son acogidas con entusiasmo.

JAURES, ASESINADO

El 31 de julio, la situación se agudiza más aún. Los amigos de la paz no desesperan. Juan Jaurés dirige a los diplomáticos, al presidente del Consejo, René Viviani, a sus amigos de Inglaterra, Alemania, Austria. ¡Cueste lo que cueste, es preciso salvar la paz!

Todas las miradas en Francia están fijadas con esperanza en este gran tribuno. La gente confía en él. Sólo él puede conjurar la catástrofe. Jaurés hace esfuerzos heroicos. A mediodía tiene una entrevista con el jefe del Gobierno. Luego, con el embajador británico. Más tarde, delibera en el comité central.

Una cosa de las cinco de la tarde, agotado, se reúne con algunas amigas en un pequeño café de la calle Croissant, en el barrio de Montmartre. En esta estrecha calle están situadas las oficinas de muchos periódicos. De ella salen corriendo y gritando destacamentos de vendedores de periódicos. Es el centro de noticias procedentes de todos los rincones del mundo.

Jaurés no tiene ni un minuto que perder. Sentado cerca de la ventana abierta, detrás de una cortina, escribe un artículo contra la guerra. A su alrededor, dos o tres amigos leen periódicos.

De repente, por detrás de la cortina aparece un mano armada de un revólver. Un disparo y Jaurés ensangrentando, cae.

El mortalmente herido. Todos los esfuerzos para salvarle resultan estériles. El corazón cesó de latir. El tribuno lanzó su último suspiro. Francia perdió su última esperanza.

El asesino, un tal Villain, fanatizado por la propaganda, veía en él a un enemigo de Francia, a un traidor a la patria y quiso librarla de este enemigo.

EMPEZO LA GRAN MATANZA!

Jaurés cayó el último baluarte de la paz. La siguiente, los muros de Francia estaban llenos de llamamientos al pueblo, consagrados al tribuno y firmado por el jefe del Gobierno, el nombre del Gobierno y de Francia entera. Vivianoraba la pérdida de este gran hombre, que había el orgullo de su patria.

Horas más tarde, el telégrafo trajo la noticia que allá, al este de Europa, empezaron ya las hostilidades.

El mecanismo militar estaba ya en plena actividad. Fue proclamada la movilización, y miles de trenes de ferrocarril empezaron a trasladar a cientos de miles de jóvenes hacia los campos de batalla. Empezaba la gran matanza europea.

N. TASSIN



Sus dientes en pocos días tendrán una blancura resplandeciente si los limpia con la pasta DENTOL. Adquiera hoy mismo un tubo y quedará convencido de las bondades de esta exquisita pasta. Fabricada según los trabajos de Pasteur destruye todos los microbios nocivos de la boca, dejando un perfume agradable y una sensación de frescura persistente.

Dentol

TUBO MEDIANO 20¢
TUBO GRANDE 40¢



Representantes Exclusivos
APARTADO 2143
HABANA

REBELION

El.—He soportado demasiado; por todos estos años has impuesto tu voluntad en esta casa. De ahora en adelante seré yo el que...
Ella.—¿El que qué?
El.—El que obedezca.—(Guerin Meschino)

MEMORIA

—Ya decía yo que había visto la cara de usted en alguna otra parte.
—Señor, yo he tenido siempre la cara en la misma parte donde usted la ve ahora.—(II 420)

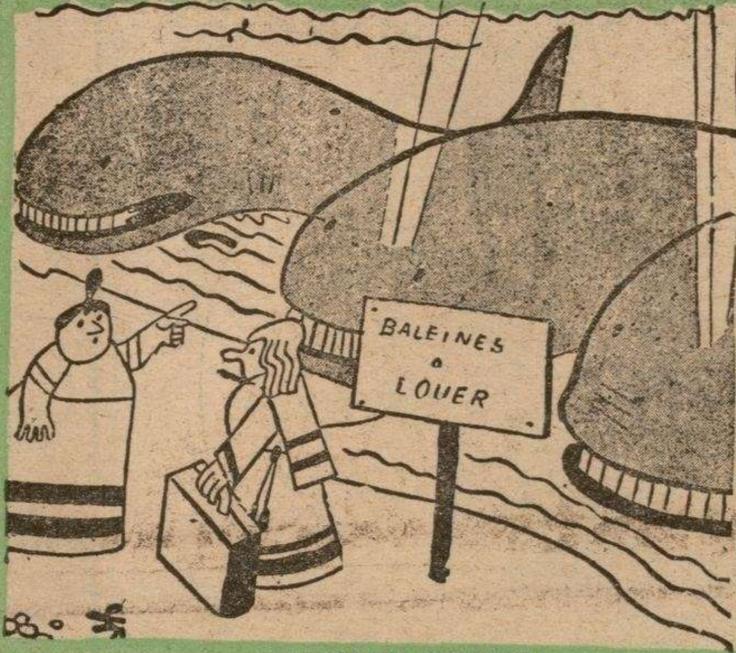
CONSTERNACION

—Ves qué triste está Manuel, ¿qué le pasará?
—Yo estaba presente cuando se querelló con su mujer y ésta le dijo que no le hablaría por seis meses. Y mañana se cumplen los seis meses.—(Familiabald).

Hay gente que se encuentra en dificultades en razón de sus deudas y otra que se encuentra en deudas por razón de sus dificultades.
Cuando una mujer le dice a uno que estará pronta en un minuto no le dice cuál minuto.

LA VUELTA AL

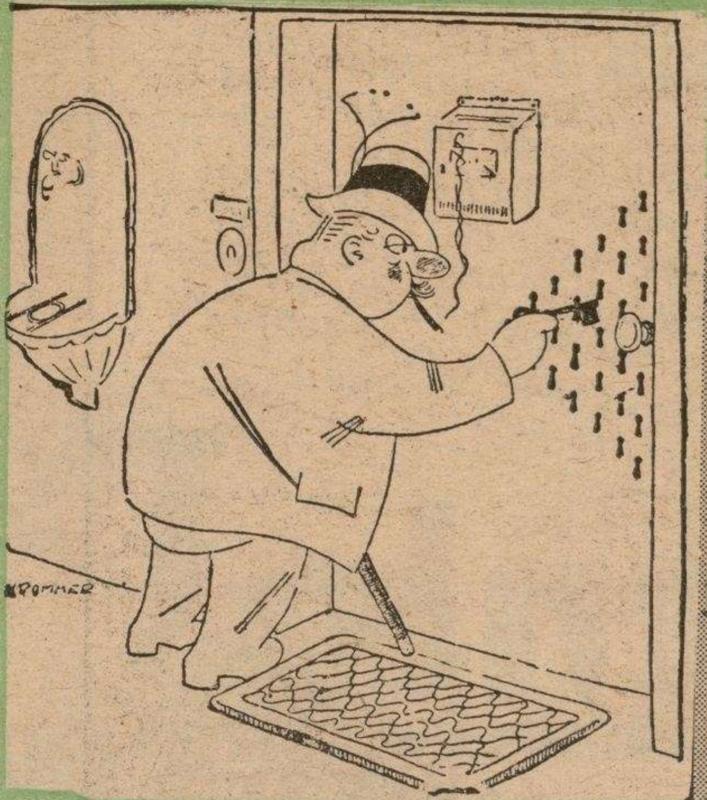
MUNDO del BUEN HUMOR



HISTORIA BIBLICA
—Señor Jonás, Tome usted esa ba-
llena: está amueblada.
(«Die Muskete», Berlín)



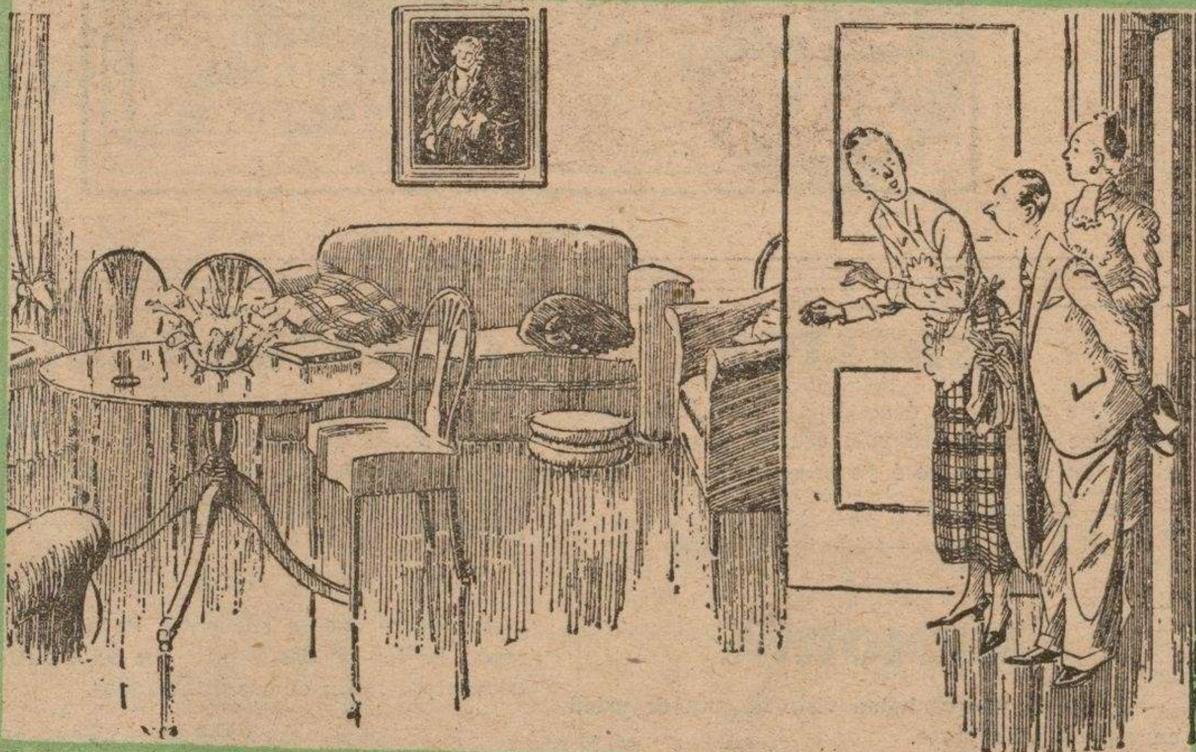
COMO VEN LA GUERRA LOS DE «COLOR»
—Dejémosles matarse. De esta suerte nuestra ho-
ra sonará más rápidamente.
(De «Nebelspalter», de Rorschach)



Un proyecto de cerradura para los aficio-
nados a los crucigramas.
(«Die Muskete», Berlín)



DEL CABO NAPOLEON AL DE AHORA
—Parece que has olvidado mi experiencia: no
supe detenerme a tiempo y ya ves lo que me pasó.
(The Glasgow Bulletin)



EN AFRICA
—Si no tienes inconvenien-
te, Dios mio, envíame un mi-
sionero tan gordito como el
que me convirtió.
(De «Everybodys», Londres)

—Esta es nuestra sala de
música. No tiene piano, pero
lesde aquí se oye maravillosa-
mente la radio de nuestro ve-
cino.